



ZTF-FCT
Zientzia eta Teknologia Fakultatea
Facultad de Ciencia y Tecnología

PIELES DE GATO

Segundo Premio de la II Edición (1990)

Francisco José Carrera Troyano



PIELES DE GATO

Dentro del casco transparente de la nave unas formas anaranjadas se movían afanosamente, flotando alrededor de un módulo de aterrizaje. Poco después el módulo se separó de la nave y comenzó a caer hacia el planeta.

Su aspecto informe cambió a medida que se inflaba la estructura, y poco a poco adoptó la forma de una gota de agua, con la parte redonda, donde se concentraban las fibras resistentes al calor, dirigida hacia el planeta. Al ir entrando en la atmósfera la temperatura aumentó y la gota de agua se transformó en una bola de fuego cayendo a la superficie, mientras el gas incandescente a su alrededor cortaba el contacto por radio con la nave momentáneamente.

«Vaya, por fin voy a poder descansar, aunque sólo sea cinco minutos, de los gruñidos de esos mininos. Ni siquiera me han dejado controlar la nave, es todo automático y está programado en sus marrafiyossass computadoras... bueno, tampoco puedo hacer gran cosa hasta que no aprenda a descifrar los garabatos que hay sobre los mandos...»

—Basse a módulo, contacto rresstablecido, ¿alguna nofedad?

—Módulo a base, todo perrfecto. «¡Cuásares! Acabaré hablando como ellos»

—Basse a módulo, corrto y cierro. «Ni se ha dado cuenta, menos mal, porque con el genio que tiene...»

Cuando la velocidad se redujo lo suficiente, la gota se fue abriendo por la punta, pareciéndose primero a una sombrilla abierta hacia el espacio, y después, al inflarse otros conductos, a una cometa. Los ordenadores controlaron entonces el planeo del módulo, dirigiéndolo hacia su lugar de aterrizaje.

Agua y tierra pasaron rápidamente por debajo, en trazos azules, verdes y marrones, mientras al frente crecía una línea verde, hasta ser primero una gruesa barra subrayada por la espuma de las olas y, finalmente, una mancha desparramada con infinitos matices de colores.



Gradualmente, la envoltura del módulo adoptó su forma ahusada final, y se infló con helio. A unos pocos kilómetros de la superficie flotó en el aire, mientras las hélices que habían surgido del interior empezaban a girar.

—Basse a módulo, ¿preparado para pasar a control manual?

—Módulo a base, preparado. «Hace tiempo»

—Basse a módulo, límitese a mantener la cruz roja sobre el retículo negro hasta que el punto de aterrizaje entre en el campo de la cámara, después conecte el piloto automático, ¿comprendido?

—Módulo a base, comprendido, corto y cerrado.

«¡ Cuásares! ¡Otra vez se me ha pegado ese dichoso acento!... ¡Y claro que lo he entendido! Aprendí a hacer lo mismo en una maquinita antes que a leer. Ya se apagó la lucecita verde, ahora mando yo. Un poco a la derecha, otro poco a la izquierda... ahora pasamos sobre la colonia abandonada y ahí está nuestro destino, aprieto el botón con esta especie de efe al revés grabada y a aburrirme otra vez»

Lentamente, el dirigible dejó atrás el bosque de extraños árboles morados, donde estaba el claro que albergó a la anterior colonia, y avanzó hacia un terreno despejado, cubierto de oscuras matas de color verde. Los motores lo frenaron y se descolgaron cuatro aparatos que, al llegar al suelo, desplegaron unos ganchos que se sujetaron al terreno, después empezaron a tirar de él haciéndolo bajar. Una vez posado, el helio volvió a sus depósitos y la envoltura se enrolló en torno al módulo.

—Basse a módulo, aterrizaje finalizado. Comenzamos fase de establecimiento de perímetro de seguridad.

—Módulo a base, de acuerdo. Corto y cerrado.

«En esa pantalla alargada tengo la imagen panorámica de lo que hay alrededor, y en las ocho de debajo lo que se ve en cada cámara, ¿qué son esos circuitos blancos y azules que han aparecido?... ¡ah, ya! Son los visores de los láseres y los cañones magnéticos, deben haberlos desplegado ya. ¿Y estas cuatro pantallas que se encienden ahora?, sí, son las cámaras que controlan el terreno en torno a las patas. Parece que me voy aclarando... ¡Púlsares modulados! ¿Se puede saber qué quieren decir esas luces rojas que se han encendido? ¡Y veo algo en una pantalla cerca de una pata!... Pronto empieza la juerga... Espera un momento, ése es uno de los robots de exploración, y las luces rojas deben ser el aviso de que se ha abierto una compuerta, y de que se ha extendido una rampa. A ver que consulto el manual, si al menos estuviera en alguna lengua humana y no en el galimatías de estos gatazos...»



El robot se deslizó sobre su colchón de aire, alejándose del módulo como un kilómetro, y empezó a moverse en círculo a su alrededor, clavando en el suelo unos tubos a intervalos regulares.

«Ajá, creo que ya me he enterado. Repasemos: la pantalla alargada es una composición de las imágenes de las ocho cámaras que hay alrededor del morro, si yo selecciono el menú este del escarabajo y escojo el segundo ítem... eso es, puedo controlar la cámara que desee por separado y ampliar la imagen o desviarla, las demás se mueven para corregir la falta de una y dar la imagen panorámica correcta...»

—Base a módulo, ¿qué es está haciendo con la cámara sseiss? «No me dejan en paz»

—Módulo a base, me había parecido ver algo extraño y lo estaba comprobando.

—Nossotrross no hemoss vissto nada, no toque loss controress hassta que no terminemoss con el perrímetro.

«¡Vaya! Por una vez se ha saltado los formalismos. De todas formas, ya casi han terminado. Sí, aquí viene el perrito, ya ha dejado sus recuerdos por todo el vecindario. Y ahora han activado los sensores, que son esas señales que se ven en las pantallas y en el panel de la derecha. Ya no podrá venir una visita sin anunciarse. Me imagino que estarán deseando tener alguna para poder freírla a gusto»

—Basse a módulo, operración finalizada. Perriodo de sseiss horras parra desscansarr y terrminarr loss prreparatiffoss parra la exploración.

—Okey.

—¿Qué es «okey»?

—Quiero decir de acuerdo. Corto y cierro.

«Si yo me tengo que tragar estos manuales que parecen escritos en jeroglíficos, tú tendrás que aprender algo de espánglis actual»

«Vamos a jugar un rato más antes de irnos a la cama. Con este otro icono obtengo el estado de la nave: la envoltura flexible está enrollada en su sitio y los depósitos de hidrógeno y oxígeno llenos. Si aparece algo que no puedan controlar, los reactores están preparados para sacarme de aquí inmediatamente, aunque me rompan un hueso en el intento. De todas formas, a estos mininos parece que les gusta más lo de la envoltura: se ahorra combustible y da más libertad a la hora de escoger la órbita, tanto al despegar como al planetizar. Vuelvo al menú; escojo esto otro y obtengo el estado del armamento. Pueden escoger entre freírlo a uno con láseres, acribillararlo con cañones magnéticos o convertirlo simplemente en radiación con lanzadores de antimateria. No deja de preocuparme un poco tanta potencia de fuego, eso es que esperan problemas, y soy yo el que está aquí abajo.»



Sin embargo, el aspecto del planeta no le parecía amenazador: se estaba poniendo el sol en ese momento y la atmósfera tomaba el acostumbrado tono rojizo del ocaso, reflejándose en las nubes. La selva de detrás de la nave, que quedaba en los extremos de la pantalla, era muy parecida a las que él recordaba. En sus árboles se podía ver algún movimiento de hojas o ramas, provocados por animales. Todas estas sensaciones familiares y agradables quedaban ensombrecidas por el bosque morado. Estaba en el centro de la pantalla, y sus árboles pelados no parecían albergar ninguna vida, sólo los restos de la colonia abandonada precipitadamente que había visto al llegar. Tenía que averiguar qué había echado del planeta a un grupo de veinte aguerridos felinos armados hasta los dientes —con armas no muy distintas a las suyas—, avergonzándolos de esta huida de tal modo que se lanzaron después a una misión suicida sin dar ninguna explicación, y sin poder darla a posteriori, puesto que resultó ser realmente suicida.

«Bonito enredo. En fin, ya veremos qué sucede. Salgo al menú principal y me voy. A ver cómo me levanto, que entre la temporada que he estado sin gravedad, y que estos asientos están pensados para un bicho con cuatro patas de dos metros y medio de largo, y no para un bípedo de metro ochenta, estoy hecho un siete»

Se levantó con dificultad y se dirigió hacia la salida de la cabina de control, bajó una corta escalera de metal y entró en el camarote. En caída libre no importaba la orientación, pero la gravedad había hecho girar las habitaciones de manera que el suelo quedara hacia abajo, y los pasillos que recorrían el módulo a lo largo fueran pozos verticales. Intentó, una vez más, acomodarse en una cama redonda y poco mullida, envolviéndose lo mejor posible en una manta y recordando, por enésima vez en los últimos meses, cómo había empezado todo.

«Estos malditos gatazos... ¿por qué galaxias no tendrán una cama decente?. Sólo estas leoneras donde ellos se enrollan y yo me dejo los riñones. ¿Cómo se me ocurriría meterme en esto?... vale, necesitaba dinero, después de que aquella revolución me pillara en Islamgrado con la nave repleta de concentrados de neoporcino. Tuve suerte de poder largarme perdiendo sólo la carga. Ahora algún espabilado con turbante se estará haciendo rico, mientras yo me dejo la salud y la paciencia en esta cosa insufrible que llaman cama, dentro de este chisme infernal que llaman módulo, posado en este guijarro estúpido que llaman planeta...»

Entretanto, el módulo se preparaba para la exploración, dirigido desde la nave en órbita: pequeños recipientes con preparados biológicos fueron expuestos a la atmósfera del planeta, para analizar la vida microbiana;



varios micrófonos de diferentes alcances registraban los sonidos de alrededor del módulo, llenando la cabina con murmullos, cacareos y chillidos provenientes de la selva próxima.

«No, si encima voy a tener que aguantar este escándalo. A ver si acierto con el botón... éste es el de la ducha, este otro... ¡cuásares! el aire acondicionado, quita, quita... por fin, ya he cerrado la puerta. ¿Cómo se me ocurriría meterme en esto?... Si sólo hubiera sido lo del neoporcino... pero también estaba Lisa... ¡Vaya! parece que de este lado estoy más cómodo... ¡Ah, Lisa!... ¡Qué poco me importaría la dureza de este colchón —por llamarlo de alguna manera— si ella estuviera conmigo!... Sacando el brazo de aquí debajo y poniéndolo por acá, ¡mucho mejor!, a ver si me duermo de una vez... Lisa, el sueño dorado de todo espacionero. ¡Que mujer! Con algo más que la talla estándar por allí y unas piernas largas como una travesía a las Nubes de Magallanes... Hablando de piernas, si estiro ésta... aaasí...»

—Basse a módulo, ¡contesste de una fez! «¡Heces de vaca marciana! Vaya despertar».

—Aquí módulo, ¿que tripa se le ha roto? «Como se enfade...»

—Basse a módulo, miss conductoss digesstifoss sse encuentran en perffecto estado, esso no imporrrta ahorra. Yebamos cinco minutoss de retrrasso porque sse ha quedado dormido.

—Vale base, voy a al cabina. Corto y cierro. «Menos mal que no entiendo ni jota de argot»

Sintiendo todos los huesos del cuerpo, y maldiciendo toda la stirpe felina, desde el primer dinosaurio hasta el Super Gato Astronauta —engendro de cierta marca de cereales para el desayuno—, se levantó, se duchó y consiguió llegar, más o menos de una pieza, al asiento de control. Una vez allí deseó tener medio metro y dos patas más y encargó el desayuno, mientras observaba los paneles que lo rodeaban.

Dos nuevas pantallas se habían encendido, y mostraban imágenes del módulo y el terreno circundante, tomadas desde la nave. Algunos robots se desplazaban por los alrededores tomando muestras de la vegetación y del suelo. Mientras, un par de iconos parpadeantes reclamaban su atención, con resultados recientes de los estudios biológicos y geológicos.

Una campanilla a su derecha le indicó que ya estaba el desayuno y, suspirando, se volvió para enfrentarse a la primera desilusión de todos los días. Tras mucho tiempo de descifrar los manuales y patear el aparato, había logrado convencerlo de que la carne sintética cruda no era su comida preferida. En lugar de ella, ahora obtenía una especie de pasta con la consistencia y el aspecto —por no decir el sabor— del cemento,



que, por lo menos, no le atacaba al estómago. Este relativo éxito con la comida quedaba completamente anulado en cuanto probaba la bebida: el café de máquina humano más aborrecible que hubiera probado —y había bebido algunos realmente malos en cierta isla del hemisferio norte terrestre—, parecía licor de Venus comparado con lo que tomaba diariamente. Por rutina, pateó una vez más el aparato y reajustó los ingredientes, con la seguridad de que sería imposible obtener algo peor.

Después de tragar como pudo todo aquello, se dedicó a ponerse al día sobre lo que se había hecho.

«¡Ajá! Este icono alargado con muchas rayitas es el que me informa de la vida microbiana: nada raro, virus, bacterias y demás familia... alguno potencialmente peligroso... ya están preparando las vacunas... aquí nada que explique por qué salieron corriendo los mininos la primera vez. Ahora escojo el rombo con una cruz: el terreno es fértil y parece bastante estable, los estudios desde satélite indican poca actividad tectónica o volcánica y no en esta zona. Vestigios de casi todo, con potencial riqueza en hierro y aluminio.. de lo más vulgarito ¿Qué se me habrá perdido a mi en este rincón de la galaxia?»

—Basse a módulo, ¿ha leído ya loss inforrmess?

—Módulo a base, lo acabo de hacer.

—Basse a módulo, dentro de poco recibirá más sobre la flora y la fauna. Desspués enfiarremoss algunoss rrobotss parra intentarr capturrar animales.

—Aquí módulo, entendido. Corto y cierro.

«Seguro que es ese icono parpadeante que parece una margarita. ¿De qué jardín de infancia habrán sacado al dibujante? En fin, a ver qué dice: las plantas verde oscuro usan algo parecido a la clorofila, y se reproducen por esporas. Tienen púas y pueden, incluso, lanzar una sustancia irritante si se las pretende cortar o arrancar. Ideales para el hogar. Ahora a por los encantadores animalitos de compañía: bueno, podía ser peor, algo parecido a un armadillo capaz de excavar, asociado a las plantas y que come insectos, entre ellos los que podían parasitarlas. Montones de insectos, bueno, de bichos pequeños con muchas patas y antenas.

De momento nada más, habrá que esperar a que vuelvan los cazadores con algún pobre animal que descuartizar y analizar»

—Basse a módulo, ssalen loss explorradorress.

—De acuerrdo. «Galaxias espirales! Ya empezamos otra vez con el contagio!»

Se encendieron de nuevo las luces rojas al abrirse la compuerta y salir varios aerodeslizadores, que se alejaron del módulo en diversas direcciones.



Una vez que salieron del campo de visión de las cámaras, todos los indicadores volvieron a sus posiciones de funcionamiento normal, y la rutina volvió al módulo.

«A esperar otra vez. Si me pagaran por todo el tiempo que he estado esperando desde que empezó todo esto, sería rico por lo menos durante cuatro días... aunque la paga que me espera —si vuelvo— tampoco está nada mal... así podré seguir el ritmo de Lisa. Poco dinero y una chica espectacular y caprichosa es una mala combinación... Tan mala como para verse obligado a aguantar a un gato como protección, y a trabajar para él... sin saber tampoco demasiado bien qué va a pasar, ni qué se supone que debo hacer si pasa... Aquel día no debí salir de casa...»

* * *

La noche anterior Lisa se había puesto muy contenta con el vestido que le había regalado, y me lo había demostrado de manera que no cupiera ninguna duda de ello. Con tantas efusiones había quedado rendido y me levanté tarde.

Estaba preocupado porque sabía que en la tienda ya habrían averiguado que el cheque que les dí —comprometiendo el honor de mis antepasados en su validez— cargaba sobre una cuenta vacía como pocas. Precisamente temiendo al tipo al que había comprado el vestido, y a media docena de otros como él, salí de los apartamentos por la parte de atrás. Apenas pisé la calle, vi a dos de los cobra-deudas de Gómez dentro de un aerodeslizador en la acera de enfrente.

«Mala señal» pensé, «si me han echado los sabuesos es que se han hartado». Hice como si no los hubiera visto, y empecé a andar hacia mi derecha. En cuanto me echaron la vista encima salieron del vehículo. Pensé que no era el momento de andarse con disimulos y eché a correr.

Sabía que cerca había un callejón que daba a un garaje subterráneo.

Detrás de mi vinieron los dos con cara de pocos amigos.

Estaba seguro de que si lograba llegar al subterráneo antes que ellos podía despistarlos. Como siempre sucede en estos casos, con las prisas escogí, entre varios casi idénticos, el callejón que no era. Me encontré de repente acorralado entre las paredes posteriores de tres casas y mis perseguidores, que acababan de doblar la esquina, con aspecto de que no les había gustado nada la carrerita.

Me encontraba en una situación apurada. De inmediato descarté la solución violenta: los dos tipos que estaban recuperando el aliento impiéndome el paso eran más grandes que yo a lo alto y a lo ancho, sin que



Certamen Alberto Magno

pareciera sobrarles nada de grasa. Aunque no soy ningún alfeñique, prefiero, antes que los puños, usar las piernas, y no precisamente para dar patadas. Decidí hablar con ellos e intentar distraerlos, buscando la ocasión para salir corriendo de nuevo, y esta vez estaba seguro de que la bocacalle adecuada era la siguiente. Así que les dije:

—¡Hola chicos! ¿Me buscabais?

Reconozco que no fue un comienzo muy brillante, pero yo también estaba jadeando, y además arrastraba el cansancio de la noche anterior.

—Depende... ¿Eres Alex Varona?

Esta respuesta me la dio el de la derecha, que parecía el jefe. El otro se limitó a hacer sonar sus nudillos cuando su compañero pronunció mi nombre.

—No. ¡Vaya! Siento mucho que os hayáis dado esa carrera para nada. En fin, otra vez tendréis más suerte. Ahora, si me permitís...

Hice ademán de pasar entre ellos, pero los nudillos crujieron de nuevo y el tipo de la derecha se interpuso y dijo:

—Eres Alex Varona.

—Bueno, sí, uso ese nombre a veces. Pero, ¿por qué estás tan seguro de que soy yo el que buscáis?

—Gómez nos dio tus datos y una fotografía, y también un recado para ti.

—Si es sólo eso, me lo dais y ya está.

—Puede que no te guste el recado.

Y esta vez los nudillos produjeron un ruido ominoso, como sugiriendo el sonido que tendría tal «recado».

«¿Cómo no se hará daño el muy animal?» pensé yo «Tengo que ganar algo más de tiempo. Una mención al jefe quizá les impresione»

—Conozco a Gómez desde hace tiempo y siempre nos hemos llevado bien.

—Pues ahora está muy disgustado contigo. «Nada, no funcionó» Y también otros conocidos tuyos: Vlasov, McHardy, Rius y Goldstein. Creo que les debes dinero.

Con cada nombre el de la izquierda hizo sonar uno de sus dedos, dejando el pulgar para la última palabra de su compañero. «Este tipo es un artista, podría montar un número de variedades, «Los nudillos musicales», o algo así» pensé. Después me dediqué a reflexiones más serias, porque entonces sí que no me cabía ya duda de que venían dispuestos a estropearme el fuselaje y algo más.

No hay casi nada que la cirugía actual no pueda arreglar, si se tiene paciencia y dinero. De este último no tenía yo demasiado, y lo cierto es



que se pasa bastante mal en el proceso de dejar de estar sano y volver a estarlo. Además, tenía una cita aquella noche con Lisa, y eso era algo a lo que no quería faltar de ningún modo.

Para salir del paso dije:

—¡Haber empezado por ahí! Precisamente ayer conseguí algo de dinero, os lo puedo dar como anticipo... «¿Picarán?»

—Quizá lo cojamos como compensación por las molestias. «No, y se van a llevar la carnada» Ya está bien de charla, al trabajo antes de que venga gente.

Y los dos empezaron a avanzar hacia mí. Yo me preparé para abalanzarme sobre ellos y empujarlos cuando, de repente y sin que la hubiéramos oído llegar, una forma naranja y alargada apareció detrás de los matones y dijo algo así como:

—Llarrjo de aquí

Reconocí entonces en el recién llegado a un katt, esa manera de hablar como gruñendo y silbando al mismo tiempo es inconfundible. No me alegré demasiado de que apareciera, para ser sinceros, casi prefería que me rompieran algunos huesos dos humanos que relacionarme demasiado con esos bichos.

Los dos tipos se volvieron y, sonriendo con desprecio, se acercaron confiados a mí imprevisto —y no bienvenido— aliado. Como les hemos ganados en tres guerras, algunos piensan que cualquier ser humano puede poner en su sitio —cualquiera que ellos piensen que éste sea— a un katt. Yo los había tratado alguna vez y sabía que no era fácil. A pesar de parecerse bastante a un tigre sobredimensionado, los kattos no tenían nada que ver genéticamente con ningún bicho terrestre. Pero combinaban características bastante desagradables de varios de ellos, lo que quedó de manifiesto cuando se puso de pie sobre sus extremidades posteriores y sacó sus garras retráctiles. Su enorme cabeza de fuerte mandíbula quedó entonces por encima de los matones. Después lanzó un rugido estentóreo, enseñando su bien provista dentadura de carnívoro, y miró hacia abajo, directamente a los ojos de los cobradores de Gómez.

Estos, algo menos seguros de sí mismos que antes, se separaron para atacar desde direcciones opuestas. Su contrincante no parecía muy amigo de sutilezas, porque se volvió como un rayo hacia el virtuoso de los nudillos y le atizó un sopapo que lo lanzó contra la pared, donde hizo un ruido bastante parecido a los que era aficionado a producir, y después cayó al suelo inconsciente. El otro no esperó más y huyó a tal velocidad que, de haber corrido así cuando me persiguieron un rato antes, dudo mucho de que hubiera llegado a tiempo mi salvador felino.



Certamen Alberto Magno

Yo no había perdido el tiempo, y ya me estaba escurriendo pegado a una pared cuando el katt se volvió y dijo:

—Tiene quee fenirr conmiiga.

—Perdona, pero tengo cosas que hacer y...

Sin darme tiempo a decir nada más, me agarró del brazo con una zarpa que parecía de titaluminio y echó a andar a paso ligero mientras decía:

—Fennjaa.

No me quedaba otra opción que seguirles a él y a mi brazo hasta un aerodeslizador que esperaba en la esquina. Me arrojó a su interior y entró detrás de mi. Yo aterricé sobre uno de sus congéneres, que me empujó a un sitio libre frente a él y me enseñó los colmillos, uno de los cuales estaba partido. El que me había traído le gruñó, dijo algo al conductor y arrancamos. Bueno, yo creo que le dijo algo, aunque sonó bastante parecido al ruido que yo haría si tuviera la boca tapada y alguien me pisara un pie.

* * *

La visión de los robots volviendo de su cacería lo sacó de sus recuerdos. En total seis de ellos traían carga. Alex movió los controles de una de las cámaras para ver mejor.

«En principio lo que traen no parece demasiado amenazador: quizá el bicho de las pintas, o aquél grande con cuernos... pero nada a lo que no pueda enfrentarse un katt»

—Basse a módulo, ya sse están examinando los ejemplarress. Dentro de poco tendrrá loss informmess. ¿Por qué no esstudia el plano de la zona en lugarr de esstarr ssin hacerr nada?

«¡Malditos mininos!»

—Quizá tuviera más ganas de hacer algo si tuviera algo que hacer, además de contemplar el paisaje y las idas y venidas de vuestros aparattos.

—¡No esstá ussted prreparrado parra manejjarr el módulo!

—Si hubierais programado el computador para que reconociera algún lenguaje humano, además de vuestra jerigonza alienígena, no tendría yo que andar desojándome con vuestros dichosos manuales, que ojalá se perdieran todos en algún agujero negro.

—Ussted también podrrría haberr aprrrendido nuesstrro idioma.

Lo había intentado, y el sólo recuerdo de sus esfuerzos hizo que le doliera la garganta. Alex sudó tratando de remedar la lengua katt, al me-



nos lo suficiente para que el ordenador reconociera alguna orden sencilla, pero fue en vano.

—¿A eso le llaman idioma?...— Empezó, pero luego pensó que no convenía hacer las cosas por las bravas, por dos razones: la primera porque a los kattsos no les gustaba discutir, y la segunda y principal, porque el que paga siempre tiene la razón.— En cualquier caso, si no consigo hacerme entender rápidamente por la computadora en una emergencia, la misión puede fracasar.

Esta última razón pareció convencer a su interlocutor, que empezó a hablar en su idioma con otro tripulante que no se veía en la pantalla del comunicador. Tras un par de minutos, volvió a mirar a Alex y dijo:

—Harremoss algo. Corrtto y cierro.

«¡Púlsares modulados! ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes este argumento?... Basta mencionarles el éxito de la misión para que se tomen el trabajo de hacer que el ordenador me entienda... Será estupendo poder pedir lo que quiero simplemente hablando»

Pronto empezaron a llegar informes sobre la fauna encontrada en la selva. En todos los ecosistemas conocidos, la Naturaleza parecía haber seguido siempre cauces similares, y éste no era una excepción, ni en la parte animal ni en la vegetal.

Harían falta meses para investigar la vida en todo el planeta, pero en la observación general a baja cota que se hizo antes del descenso, los únicos que parecían discrepar de la norma general eran los bosques de color morado: no se había visto ningún animal en su interior, sólo algunos hacían ocasionales entradas de corta duración.

Estirándose en el asiento, contempló el bosque que ocupaba el centro de la pantalla panorámica.

«Aquí tenemos una de las excepciones. No sabemos lo que averiguaron los de la primera expedición, y en ésta todavía no hemos empezado con él. Ya se puede uno imaginar por qué lo escogieron para instalarse la otra vez. Dentro de él se es invisible desde el aire, a no ser que se pase justo por encima. Al mismo tiempo, los árboles pelados y separados permiten vigilar una buena cantidad de terreno, para evitar sorpresas. Ideal hace veinte años estándar, en medio de la última guerra entre humanos y kattsos. No creo que ahora recuerde nadie por qué era tan importante tener aquí una base... ni tampoco por qué estalló realmente la guerra...»

—Basse a módulo, perriodo de desscansso de sseiss horrass. Desspuéss empezarremoss la exploración del bossque donde esstufo la colonia.

—De acuerdo. Corto y cierro.



Ya fuera por la costumbre adquirida o por haberse hecho a la sensación de peso, esta vez llegó a su camarote sin grandes dificultades, y se tumbó casi con ganas. Mientras luchaba con la manta y sus huesos salientes, pensó sobre los planes que había.

«Así que mañana vamos a entrar en el bosque morado... ¡qué digo vamos! Voy a entrar yo solo. Eso sí, seguro que armado hasta los dientes. Para lo que sirvieron las armas la última vez... ¿Cómo me pude meter en esto?»

* * *

El aerodeslizador tenía cristales oscurecidos, quizá para que no llamara la atención su interior lleno con felinos y un humano, más asustado que intrigado por el repentino interés que todo el mundo parecía sentir por su persona.

Durante el trayecto hasta el aparcamiento privado de un hotel de la zona residencial, el que me había librado de los matones estuvo «hablando» con los demás. Por sus gestos y los refunfuñidos jocosos de los demás —no sé cómo lo hacen, pero así suenan—, deduje que debía estar contándoles cómo había puesto en su sitio —cualquiera que éste sea— a los dos humanos canijos que estaban amenazando al todavía más canijo que estaba con ellos.

Cuando llegamos al hotel, salimos —me sacaron— a toda prisa del vehículo y entramos en un montacargas, apenas se había parado éste unos pisos más arriba entramos apresuradamente en una habitación y cerraron la puerta.

Una vez dentro, todos se relajaron, tumbándose como podían en los sillones o en el suelo, y parecieron olvidarme. Mi «salvador» marcó un número en el comunicador interno del hotel y habló un momento sin que yo pudiera oír nada, después también se tendió en uno de los sillones.

Me dio la impresión de ser un buen momento para marcharme discretamente. Empecé a pasearme por la habitación considerando las posibilidades que se me ofrecían.

Con la puerta el problema era que se abría para dentro, y delante estaba acostado Colmillo Partido, sin quitarme ojo de encima y moviendo la punta de la cola, no sé si riéndose de mí o pensando qué clase de almuerzo sería yo. Las ventanas también las eliminé: demasiado alto para saltar.

Visto que no podía escabullirme, decidí ponerme cómodo y me senté en una silla que había quedado libre, demasiado pequeña para dar cabida a ninguno de los felinos.



Por el estilo clásico y lujoso de la habitación y la zona de la ciudad donde estábamos, supe que era la clase de sitio en que, pagando la cuenta —de verdad— nadie iba a preguntar nada, y con un poco más de la cuenta, ni siquiera iba a recordar si habías estado o no.

En estos pensamientos estaba cuando llamaron a la puerta del pasillo dando tres golpes espaciados. Mi «amigo» se apartó de mala gana e, incorporándose, abrió la puerta. Para mi sorpresa el recién llegado era un ser humano. Parecía más muerto que vivo por estar rodeado de kattsos, pero tenía dos brazos, dos piernas y pelo —poco— sólo en la cabeza. Aparte de todo esto, era más bien bajito, más bien obeso y absolutamente miope.

Por supuesto, hoy en día es una operación de cinco minutos corregir la miopía, pero el recién llegado tenía la costumbre de fruncir los párpados, acercarse demasiado las cosas a los ojos para mirarlas y subirse unas gafas imaginarias, con los que conseguía que uno acabara pensando que realmente usaba gafas.

Colocándose las «gafas» con la mano izquierda, mientras me tendía la derecha y esquivaba cuidadosamente a los felinos acostados en el suelo, me dijo:

—¡Ah! Señor Varona, me alegra conocerlo.

Aunque no llevara el maletín y el traje recién planchado, hubiera reconocido en él a un abogado sólo por su forma de pronunciar esta frase.

Le contesté:

—No tengo yo el placer recíproco, señor...

—Pinicci, Enzo Pinicci, abogado. Tengo mis oficinas en la calle 1.

Esa era una calle muy elegante, y sus bufetes de abogados tenían gran reputación.

—Ya veo —dije.

No veía nada, pero era una manera de dar a entender que no me había impresionado lo más mínimo —lo que no era verdad—. Entonces el que se las había entendido con los matones hizo un ruido indescriptible con la garganta, a lo que Enzo respondió con un respingo, una mirada atemorizada por encima del hombro y colocándose de nuevo las «gafas». Luego empezó a hablar atropelladamente.

—Sísíahoravamos ¡Ejem! Estos... caballeros desean contratar a un piloto espacial con experiencia, pero cuya ausencia temporal no llame la atención, para, a cambio de unos honorarios razonables, realizar un planetizaje digamoooo... dificultoso en determinado planeta poco explorado. Nos interesa alguien cuya partida pueda ser inmediata.

Lo capté a la primera. Estaban buscando a un piloto poco conocido con problemas de dinero y deseando desaparecer de la circulación por una



temporada. No tenía la menor intención de aceptar, porque no me gustaban los patrones y porque tenía en vista un par de asuntillos que prometían: había llegado a mis manos un lote «extraviado» de píldoras afrodisíacas de h-Virginis que podía venderse bien en los Asteroides del Placer, y también estaban aquellos brotes congelados de megamelones sin pepitas que saqué a escondidas de Islamagrado, que parecían fáciles de vender en un par de planetas agrícolas rivales. Pero me picaba la curiosidad, así que pensé tirarle un poco de la lengua. Empecé de manera cautelosa.

—¿Y cómo han pensado en mi?

Juraría que estuvo a punto de quitarse las «gafas» para limpiárselas y hacer tiempo, miró al que ya estaba yo seguro que era el jefe de los kattos —mi «salvador»— y dijo:

—Bien. Nos pareció que usted reunía los requisitos exigidos. Nos consta su habilidad y experiencia en el manejo de naves espaciales. Además, tenemos entendido que últimamente este planeta le resulta poco hospitalario.

Estaban bien informados, le hice otra pregunta, para averiguar si habían contactado con alguien más:

—¿Soy su único candidato?

Enzio se colocó las imaginarias gafas otra vez y, después de inspirar profundamente, me dijo:

—Teníamos una lista de candidatos, pero con los otros... caballeros no llegamos a un acuerdo satisfactorio.

«Es decir, que no encontrasteis a nadie que estuviera tan apurado como yo. Vamos a ver cuánto ofrecen»

—¿Y en cuánto cifra usted un «acuerdo satisfactorio»?

Visto mi aparente interés y pisando terreno firme, mi interlocutor hinchó el pecho, se ajustó la americana, me miró por encima de sus «gafas» y dijo:

—Su situación financiera no es muy buena, y no le resulta... conveniente permanecer mucho tiempo aquí. Aún así estamos dispuestas a saldar todas las deudas que tiene contraídas en este planeta, más una indemnización para... calmar a sus acreedores.

Tanta generosidad estaba empezando a tentarme y probé cuánto podía tirar de la cuerda sin romperla.

—¿Nada en efectivo?

Movió la cabeza de izquierda a derecha e hizo un gesto dubitativo con las manos.

—Dependiendo de los resultados obtenidos, podríamos incluso darle una cantidad equivalente a sus deudas, a modo de prima. En cualquier



caso, considere lo generoso de nuestra oferta y la protección que le estamos ofreciendo pues, de salir a la calle, estaría usted en serio peligro.

«Captado. Si digo que no, informaréis a los matones de Gómez de dónde estoy. No me gustan las amenazas, a ver cómo puedo salir de aquí»

Colmillo Partido ya no parecía tan satisfecho y agitaba nerviosamente la punta de la cola. En cambio, el jefe escuchaba muy interesado. Decidí probar suerte con una pregunta delicada:

—¿Por qué necesitan un piloto humano?

El respingo fue tal que me pareció ver caerse las gafas de su nariz. Los kattos se pusieron tensos y la cola de Colmillo Partido se estiró y dejó de moverse. El abogado, nervioso, me respondió:

—Mis clientes tiene sus razones para obrar de este modo. Usted sólo tiene que decir si acepta la oferta o no.

Había tocado un tema candente, no cabía duda. La clave de tanta molestia y tanto secreto era ésa: ¿por qué no lo hacían ellos?. Les sobraba valor y habilidad para descender en cualquier sitio igual o mejor que un ser humano. Por otro lado, me daba la impresión de que Colmillo Partido quería actuar sin más, pero el jefe se veía obligado a cumplir unas órdenes que no le gustaban —ni yo entendía entonces— y eso le ponía de muy mal humor. Además estaba el hecho de tener que recurrir a un humano para hacer un trabajo del que ellos se sentían capaces... suficiente para hacer que un katt soltara sopapos como el que había visto. «Vamos a apretar un poquito más la tuerca» pensé:

—Antes de aceptar quiero saber en qué consiste la dificultad del aterrizaje y por qué no lo hacen ellos directamente.

A pesar del terreno arriesgado que pisaba, como yo parecía dispuesto a aceptar, el abogado vió cerca el momento de cobrar y olvidarse de todo aquello, así que empezó a decir:

—Quizá mis clientes estén dispuestos a revelar esa información...

Y no pudo decir más, Colmillo Partido se puso en pie de un salto y, empujando a Enzo, se plantó delante del jefe, hablando muy rápido en su salvaje idioma y señalando en mi dirección con desprecio. Podía adivinar lo que estaba diciendo: ¿Por qué hemos de contratar a un humano debilucho para hacer algo que podemos llevar a cabo nosotros mucho mejor?.

Ante este desafío a su autoridad, el jefe no se movió de su posición recostada en un sofá, pero su voz sonó helada al responder, muy despacio, al otro katt. Por la palidez del rostro del abogado, que estaba hecho un guiñapo en el suelo deseando hacerse invisible, deduje que debía ha-



Certamen Alberto Magno

ber alguna clase de reto en su respuesta, algo así como: ¿Es que te crees superior a los Ancianos, que son mucho mejores guerreros y más sabios que tú, y que me han designado para esta misión por encima de ti?

Todos los kattsos se habían colocado rodeando a los dos que discutían, olvidándose por un momento, y yo no desaproveché la ocasión: me lancé hacia la puerta, la abrí y salí corriendo por el pasillo, todo de un solo movimiento.

Cuando ya llegaba a las escaleras, oí un rugido a mis espaldas, que me indicó que ya habían descubierto mi fuga. Sin dudarlo un momento, tomé las escaleras de subida y al llegar al piso superior, me detuve y guardé un silencio absoluto.

Por los ruidos y los gruñidos que escuché, supe que había resultado mi treta: unos por la escalera y otros en ascensor, todos los felinos se fueron hacia abajo, buscándome en el vestíbulo o en el garaje, dando al traste con el incógnito que parecían querer guardar. En cuanto oí marcharse al último de ellos, subí rápidamente a la azotea y tomé un helitaxi, de los que no faltan en ningún hotel de lujo.

* * *

«Si no hubiera quedado después con Lisa...»

Y con este nombre en su mente se quedó dormido.

Una voz desconocida lo sacó de sus dulces —y cálidos— sueños.

—Buenos días, ¿ha dormido bien?

Aún medio dormido, y no creyéndose lo que acababa de oír, respondió:

—Módulo a base, ¿cómo ha dicho?

—He dicho: buenos días, ¿ha dormido bien? ¿Desea comunicar con la nave?

Fue la sorprendente respuesta. Como el resultado de pellizcarse fue bastante doloroso, se convenció de que no estaba soñando, de modo que se incorporó en la cama y abrió los ojos como pudo, buscando tuntas el mando de la luz.

—¿Quién habla?

—Soy JCN 10000

«¡Púlsares modulados! ¿No será otro de esos mininos? No, no son tan amables ni tienen esa clase de nombres. ¡Qué dolor de cabeza! Otra noche me dedico a dormir en lugar de a recordar. ¿Dónde estará?»

—¿Y dónde estás?

—En el módulo.



«Vaya, tengo compañía, veamos qué aspecto tiene»

Fue a la cabina, encontrándola tan vacía como los días anteriores.

—¡Por todos los carámbanos de Titán! ¿Dónde estás?

—Estoy enfrente de usted.

Ante esta frase Alex se quedó sin habla y tuvo que sentarse en el asiento de control. Se frotó los ojos y volvió a mirar.

«Nada...¿qué está pasando aquí?...Vamos por partes, ahora mismo tengo enfrente los controles del módulo y las pantallas con el mismo paisaje que ayer. ¿Por qué dice este guasón que le estoy mirando?»

Cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir, intentando aclararse la vista. Esta vez se fijó que había un icono parpadeante en la pantalla. Fue a escogerlo manualmente y...

—No es ya necesario que utilice eso, puede pedírmelo directamente.

«¡Cuásares! Esto es que los mininos han conseguido que esta dichosa computadora hable y entienda el espánglis. Sí, efectivamente, aquí lo dice. Pues bien podían haberme avisado antes de poner en marcha el traductor».

—Así que eres la computadora...

—No, soy el Sistema de Cálculo Integrado JCN 10000, con un procesador óptico de vigésima generación modulado indirectamente mediante pulsos K de...

—Vale, vale, te llamaré JC, ¿de acuerdo?

—No es ése mi nombre, como ya le he dicho...

Ante la nueva perorata del ordenador, Alex empezó a pensar que, en el fondo, tampoco estaba tan mal el viejo sistema de los cursores.

—Mira, —le interrumpió— simplemente por agilidad. Convenirás conmigo en que es más rápido decir jota-cé que Sistema 1000 Integrado de Cálculo JCN.

—Sí, es más rápido. De todas formas mi nombre es Sistema Integrado de Cálculo JCN 10000 y no Sistema 1000...

—Bueno, bueno. —le interrumpió otra vez— Pues quedamos en que te llamaré JC. Quiero desayunar.

—¿Qué desea tomar?

—Hummm... Un vaso de leche con cereales. — Sé lo que quiere decir «leche» y «cereales», pero no su composición química. ¿Me la podría indicar?

«Esto está resultando bastante distinto de lo que había pensado. En fin». Y, suspirando, dijo:

—Olvídalo, dame lo que he estado tomando estos últimos días.

—¿Qué cantidad desea?



«Sí, es bastante más duro de lo que yo pensaba». Tras un nuevo suspiro, respondió:

—También la misma que estos días atrás.

—De acuerdo. En un minuto estará listo.

Como no había gran cosa de nuevo, dedicó ese rato de espera a meditar sobre lo falsas que son las esperanzas que se ponen en objetos terrenales, en general, y en artefactos fotónicos en particular, con especial referencia a ciertos artilugios obstinados y parlanchines.

Al poco rato sonó la campanilla y aparecieron ante él dos tazones con su alimento diario.

«Menos mal que ésto sólo hay que hacerlo una vez al día, si no acabaría loco. Entre el sabor de esta bazofia y las discusiones con este chisme...»

No se atrevió a patear de nuevo el aparato de la comida y dejó que los recipientes desaparecieran por la ranura de éste, suspirando de nuevo.

—¿Cómo dice?

—¿Perdón?

—¿Me ha ordenado algo?

—No, no.

Y volvió a suspirar, esta vez silenciosamente.

«Ya ni intimidad tengo, por culpa de este dichoso intérprete no voy a poder ni estornudar tranquilo. ¿Por qué abriría yo la boca?»

—Basse a módulo, vamos a comenzar la exploración del bossque norte.

—Hay una llamada de la base.

—Ya lo sé.

—¿Cómo dice?

—Basse a módulo, ¿cómo dice?

Lo de dar explicaciones por duplicado era más de lo que se sentía capaz de soportar, así que comenzó a repasar todo su catálogo de maldiciones estelares y planetarias, sorprendiéndose al recordar algunas que no había dicho desde hacía muchos años. A tal detalle descendió en los terrenos genealógicos y anatómicos que, avergonzado él mismo, se calló.

—No le he entendido muy bien: ¿qué dice que quiere que haga con...?

—Basse a módulo, —le cortó— estoy preparado. Y tú JC, cállate.

—Pero no puedo cumplir una orden si no la entiendo...

—Olvídalo, borra de tu memoria todo lo que he dicho.

—De acuerdo, pero...

—Basse a módulo, mandamos un robot. «Salvado»



Esta vez no era un simple autómatas de exploración, sino un auténtico vehículo blindado de combate. Parecía la pesadilla de un entomólogo borracho: dotado de seis patas para moverse por terreno difícil, la profusión de antenas, sensores y tubos de lanzadores hacía que la comparación con un insecto resultara difícil de eludir.

«Ahí va ese contoneándose, muy seguro de sus propias fuerzas, como sus constructores en órbita».

—JC, quiero tener en una pantalla lo que recibe la cámara principal del robot

—¿En qué pantalla?

—No sé, en una cualquiera.

—¿Quiere que escoja al azar una pantalla y transmita a ella lo que ve la cámara principal del robot?

—Sí, eso quiero. «Iconos de mi corazón, ¿dónde estáis?»

—Ya está.

—No veo nada.

—He tomado un número al azar entre uno y ocho y ha salido siete, así que está en la pantalla número siete.

Evitando cuidadosamente suspirar, Alex se dio la vuelta y vio la imagen bamboleante que transmitía el explorador por una pantalla, situada casi exactamente detrás de él. Esta vez el repaso fue mental y bastante más resumido, pero hizo que se relajara un poco, lo suficiente para decir:

—JC, por favor, cambia a la pantalla tres lo que hay en la siete.

—De acuerdo.

Volvió a su posición habitual en el asiento, completamente inusual por otro lado, y contempló las pantallas que estaban enfrente.

En la panorámica el explorador se iba empequeñeciendo a medida que se alejaba hacia el bosque que estaba en el centro. De las ocho que mostraban detalles, tres habían modificado su posición normal para vigilar de cerca la zona en torno al robot.

Su avance se observaba también en las dos imágenes procedentes de la nave en órbita, a ellas se había añadido ahora una tercera vista, en la que una serie de líneas moradas oscilaban de un lado a otro de la vertical, mientras el límite de la zona verde se acercaba por momentos.

«Ya ha salido de las matas y se está adentrando poco a poco en el bosque. El suelo está cubierto de raíces y la imagen se bambolea más que nunca. No hay ni rastro de otros vegetales, ni parece que haya animales, sólo árboles y más árboles, morados y pelados»

El robot continuaba avanzando, aunque había reducido su velocidad, como impresionado también por las sombras alargadas de los árboles y el



Certamen Alberto Magno

silencio sepulcral. Nada se movía allí, salvo el robot, que parecía que poco a poco se contagiaba de la quietud del lugar, hasta pararse por completo. Inmóvil, sus antenas salientes parecían ramas cortas de un miembro raquítico del bosque, cuyo color reflejaba su superficie metálica.

«Ya deben haberse adentrado todo lo que querían, y estarán intentando detectar algún movimiento. Tengo la impresión de que no van a encontrar nada»

Pasado un rato, el explorador empezó a moverse de nuevo, volviendo hacia el módulo. En pocos minutos había llegado a la linde del bosque y avanzó por terreno despejado.

«Allí se mueve algo»

—JC, pasa a la pantalla cuatro una ampliación de aquello que se mueve hacia el noroeste.

—Ya está. «Vaya, lo ha entendido»

Un «armadillo» se había atrevido a salir de la protección de las matas, y estaba royendo concienzudamente una de las abultadas raíces de un árbol morado.

«Nada interesante»

Dedicó su atención de nuevo al avance del robot, y no vio cómo caían unas bolitas de las ramas del árbol ni cómo el armadillo terminaba de cortar la raíz. El árbol perdió un apoyo que le era imprescindible y, poco a poco, fue inclinándose hasta que, con un crujido, se desplomó violentamente al suelo. Esto provocó que otros árboles empezaran a también a caer, algunos de ellos en dirección al módulo.

Las que sí que oyó y vio fueron las señales de emergencia. Un mugido ensordecedor llenó el módulo, se cerraron y aseguraron todas las puertas, las luces se apagaron y se encendieron otras rojas más tenues, todos los indicadores de los paneles empezaron a parpadear y, por último, unos correajes salieron y le sujetaron al asiento, de manera bastante segura para un katt pero poco confortable para un humano.

«¡Me estoy ahogando!... Si saco un brazo por aquí... así, por lo menos puedo respirar, ¿qué sucede? ¿a qué viene esta verbera?»

Permaneció un momento, recuperando la respiración e intentando hacerse cargo de la situación. Quien ya se había hecho cargo de todo era el programa automático de defensa del módulo. Los láseres apuntaron hacia la «amenaza» y comenzaron a disparar, incendiando los árboles caídos y parte de los arbustos.

«Si ahí no hay nada. Sólo árboles caídos. A ver si puedo salir de aquí y parar todo esto... ¡Malditas ataduras! Me estoy clavando todo el asiento por todas partes y tengo los brazos sujetos...»



Como el «enemigo» —las llamas ahora— no parecía dispuesto a retroceder sino, muy al contrario, avanzaba, prendiendo nuevas plantas y produciendo tanto humo que hacía inútiles los láseres, se apagaron éstos y los cañones magnéticos comenzaron a lanzar sus proyectiles perforantes y explosivos, que produjeron aún más ruido y más humo.

—¡C, ¡suéltame!

—No puedo, esto es una emergencia.

—¡Cuásares! ¡Suéltame te digo! ¡Es una orden!

—Si le suelto y despegamos podría hacerse daño.

Forcejeando con sus ligaduras, contempló con impotencia cómo el incendio se propagaba cada vez más deprisa, impulsado por el efecto de los cañones. También vio cómo el vehículo de combate se lanzaba contra el «enemigo» para caer destrozado por los proyectiles arrojados desde el módulo. Recorriendo todo su repertorio de maldiciones, consiguió liberar un brazo e intentó alcanzar los controles.

—No se mueva, debe intentar relajarse, ya está todo bajo control.

—¿Jiss prrgumfgg brrakaerr gggomsse burr?

En su excitación, los de la nave hablaban en su lengua nativa, aumentando la confusión en la cabina. Espoleado por el ruido de los morteros de antimateria al montarse, consiguió deshacerse de sus ataduras y se abalanzó sobre el cuadro de mandos. Para su desesperación, y antes de que lograra desconectar el programa de emergencia, dos proyectiles de antimateria fueron lanzados, ya que el «ataque» no sólo no se detenía, sino que parecía recrudecerse.

Alex desconectó el programa de defensa, mirando los dos puntitos negros que habían salido del módulo describir sendas parábolas y perderse entre las llamas. Empezó entonces a sentirse ajeno a todo aquello, como contemplándolo desde una gran distancia.

«¡Locos, están locos!»

El fogonazo de radiación producido por la aniquilación de la antimateria no fue transmitido por las cámaras, que se desconectaron para evitar daños. Pero los indicadores de radiactividad sí registraron quejumbrosos el estallido de rayos gamma. Apenas un instante más tarde, un fuerte golpe de viento y un temblor del terreno sacudieron al módulo y tiraron a Alex al suelo. Esta vez fue el turno de desconectarse de los micrófonos de ambiente.

—Se lo dije, si hubiera estado sujeto no se hubiera ciado.

—¿Kaaa prrgumgg fess burr?

Sordo a todo lo que no fuera su voz interior «Locos, están locos», Alex se levantó, a tiempo de ver cómo las pantallas volvían a la vida,



mostrando un área arrasada de bosque y matas, rodeando dos cráteres de más de un metro de profundidad en los que todavía estaba solidificándose el terreno fundido por la explosión. Afortunadamente, ésta había apagado el incendio.

Los restos calcinados del vehículo de combate estaban esparcidos en un amplio área y aún seguían cayendo trozos de árbol y fragmentos de terreno. Al conectarse de nuevo los micrófonos se escuchó el eco de la explosión, devuelto por las montañas lejanas, y también los animales de la selva, que volvían a chillar y rugir, después de haber estado callados un rato, asustados por el ruido.

«Locos, están locos»

—Ya ha pasado la alarma. De todas maneras, ¿quiere sentarse por si acaso?

—Basse a módulo, ¿qué ha sucedido?

Por fin, Alex salió de su estupor, y lo hizo descargando todas las tensiones y frustraciones de los últimos meses.

—Ha sucedido que esta maldita máquina paranoica vuestra ha convertido varios kilómetros cuadrados de terreno llenos de vida vegetal en un par de hermosos cráteres radiactivos. Y todo porque un viejo árbol podrido se ha venido abajo y porque este estúpido chisme vuestro no ha obedecido cuando se le ordenó. ¿Está claro lo que ha pasado?

Aunque un rostro katt es siempre difícil de interpretar, estaba claro que a una primera reacción de sorpresa por el estallido de Alex, había seguido el enfado por su tono impertinente. Pero todo se redujo a un gruñido y a decir con voz fría:

—¿Puede explicarse un poco mejor?

—Quiero decir que si yo tuviera el mando en el módulo, hubiera podido detener la secuencia defensiva antes de llegar a usar la antimateria. Estando yo aquí valoro mejor la situación que vosotros en órbita, o que un programa bélico estándar destinado a hacer frente a un ejército y no a un peligro desconocido en un planeta en exploración. «Muy bien dicho»

—Haremos algo sobre eso. Aplazamos el resto del programa. Descanso de seis horas.

«Vaya, parece que le ha entrado. Además habla un poco mejor, con sonidos menos guturales, se ve que aprovechó la instalación del intérprete para practicar un poco»

Mientras pensaba todo esto, se acomodó lo mejor que pudo para descansar e intentó dormir, pero, de nuevo, los recuerdos lo asaltaron.



«Si no fuera por estos dichosos felinos yo estaría haciendo negocio en h-Virginis, probablemente sin Lisa, pero tranquilo y libre. No tenía que haber ido a aquella cita...»

* * *

Después de los buenos ratos que habíamos pasado Lisa y yo no podía irme sin decirle adiós... y sin intentar pasar otro de esos ratos. Así que la llamé y quedamos en un restaurante de moda bastante elegante. A ella le contrarió un poco que no la fuese a buscar a casa, pero me puse misterioso y le dije que tenía una reunión muy importante a la que no podía faltar, y se quedó más o menos contenta, tuve que prometerle además una sorpresa y que se lo contaría todo.

A la hora convenida aparecí por el restaurante, poco menos que descolgándome del tejado, y me senté a una mesa. Lisa llegó tarde, pero traía puesto el vestido que le había regalado la noche anterior y merecía la pena la espera. Todos los que estaban allí comiendo la siguieron con la mirada, dado que lo que el vestido cubría era menos de lo que sugería.

Encargamos la comida al camarero robot.

Casi antes de hacerlo tuve que darle la sorpresa —un anillo que un vendedor incauto y poco informado pronto lamentaría haberme vendido— y contarle una historieta fantástica sobre agentes secretos y contrabando. No creo que se creyera una palabra —como casi todas las chicas guapas que he conocido, era endiabladamente lista— pero le hizo gracia y no hablamos más del asunto. Ella me dio las gracias efusivamente por el regalo, con lo que media docena de mirones acabaron de ponerse verdes de envidia, y empezamos a comer.

Poco me duró la fiesta, entreví una cabeza vendada en una mesa cerca de la puerta y, al fijarme, reconocí al virtuoso de los nudillos de aquella mañana, que intentaba esconderse. «Hay que salir de aquí» pensé, y comencé a explicarle a Lisa que había un par de tipos que me estaban siguiendo y que... interrumpí mi historia al ver que Lisa ponía cara de que ya estaba bien de jueguecitos. No sabía cómo explicarle que tenía que irme, y lo estaba meditando cuando vi entrar a Gómez con otros dos tipos por la puerta.

Bueno, con Lisa o sin ella, apreció mucho mis huesitos, así que le di un rápido beso de despedida y corrí hacia la salida de socorro, perseguido por Gómez y sus muchachos y por la mirada de incredulidad de Lisa. Ya estaba llegando cuando vi que se abría y que tras ella había otro par de tipos con aviesas intenciones.



No tenía tiempo de hacer otra cosa, así que cogí una silla según iba e intenté atizarle a uno con ella. No pude hacerlo, por la sencilla razón de que, de repente, él y su compañero levantaron los pies del suelo y salieron volando. Uno de ellos tropezó con una mesa en su trayectoria, derribándola junto con un par de camareros robot y cinco clientes. El otro impactó en el grupo de Gómez, tirando a todos al suelo.

Al mirar yo para averiguar la razón de tan sorprendente acontecimiento, un par de enormes zarpas anaranjadas me agarraron por cada brazo y me arrastraron por la salida de socorro hacia la calle. Lo último que vi del restaurante fueron los ojos de Lisa, que me miraban como empecando a creerse las paparruchas que le había contado.

Mis raptores-salvadores no perdieron el tiempo. Me llevaron al espaciouerto, donde me obligaron a subir a una nave. Allí me esperaba Enzo Pinicci, que apoyó un papel en mi pulgar, me deseó suerte, me dio la mano y desapareció a toda prisa.

Para cuando quise darme cuenta de que acababa de ser contratado, la nave había abandonado el planeta y ponía rumbo al espacio abierto para poder dar el salto.

Entró un katt —el jefe— en el camarote donde me habían metido y dijo:

—Esstá ussted contrtratado.

«Eso ya lo sabía yo»

—¿Para qué?

—Parra desscenderr en un planeta al que yegarremoss dentrrro de doss messess. Una fez abajo, harrá algunass explorracioness y podrá irse.

—¿Por qué me necesitan para hacerr esso? «¡Cuásares! ¡Cómo se pega este acento!. Por cierto, que se le entiende mucho mejor que esta mañana»

La pregunta pareció molestarle, pero se limitó a mover la punta de la cola para balancearse un poco y me respondió:

—Porrque hay un tratado —y se las arregló para que sonara como cuando un humano dice Inspector Tributario de la Federación— que noss impide desscenderr allí antess de que un humano —de nuevo el mismo tonillo— lo haya hecho y haya declarrado bajo jurramento que no encuentrra en él ningún interréss.

—Así que quieren que baje allí, eche un vistazo y luego firme un papel diciendo que no me interesa el lugar.

—Máss o menoss.

—¿Por qué «más o menos»? «Ya me extrañaba a mi tanto dinero por una cosa tan simple»



Entonces me di cuenta de que estaba más cortado que furioso. Al fin y al cabo, estaba en su poder y no podía irme de la lengua. Miró a los lados, se sacudió una imaginaria pelusa de su espléndida piel anaranjada y dijo:

—No es asunto suyo.

«¡Ah, no! Con esas a mi no», pensé. Y, como no parecía ser peligroso el tema esta vez, continué preguntando:

—Si voy a bajar allí quiero saber por qué lo hago y qué me espera.

Azotó el aire con la cola, lo que le hizo bambolearse de nuevo, y me dijo:

—Esto es un secreto.

Por el tono comprendí que me convenía tomarle en serio, y eso hice.

—Entendido.

—Hace veinte años una expedición de veinte katoss descendió en este planeta. Al principio todo fue bien, pero un día dejaron de mandar mensajes, despegaron sin dar explicaciones y se lanzaron contra un crucero de la Federación. No hubo ningún supereficiente para explicar lo sucedido. Nosotros querremos averiguarlo.

«Ya veo. No podéis bajar vosotros, pero mandáis a un tipo pagado para que se enfrente solito a algo que hizo salir corriendo a veinte de los vuestros. No me extraña que el tema os ponga de mal humor, lo cierto es que quedáis como cobardicas. Y por esto mismo guardáis tanto el secreto. Como yo sabía algo, me habéis cogido sin preguntarme nada. ¡En menudo lío me he —me habéis— metido!»

—Ya que estoy aquí no me queda más remedio que aceptar.

—Bien. Otra cosa, yo soy quien manda aquí y no toleraré insubordinación ni indiscreción.

Al decir esto se tocó un vendaje que le cubría el brazo izquierdo. Recordé entonces que no había visto a Colmillo Partido en la nave, pese a ser su casco transparente. «Lo cierto es que nunca me cayó simpático»

—Vale, mensaje recibido.

—¿Cómo?

—Quiero decir que lo he entendido.

—Bien, adiós.

Y salió del camarote, moviéndose con soltura en ingravidez.

* * *

«Y aquí estoy. Bueno, a dormir, que me espera bastante movimiento...»



—Despierte. Me han ordenado que le informe de que tiene usted el control absoluto sobre el módulo.

«Esta máquina idiota es capaz de haberse enfadado por lo de esta mañana»

—Vale.

Se despezó y subió al puesto de mando. Los dos robots de escolta ya esperaban en el exterior.

—Basse a módulo, ya esstá todo preparado.

«Vale chicos, dejad que me empolve la nariz y estaré listo»

—De acuerdo.

Descendió a los almacenes de la base del módulo. Allí se embutió como pudo en un traje hermético que habían construido especialmente para él, y salió al exterior montado en un tercer robot. Empezaron entonces la marcha en fila india, con él en medio.

La comitiva avanzó hacia el bosque y se adentró en él. Todas esas ramas peladas tendidas hacia todas partes y hacia ninguna surtieron en Alex un efecto extraño. Hasta ese momento nada había sucedido que hiciera suponer que el bosque fuera peligroso, o simplemente albergara vida, pero su misma soledad y desolación parecían constituir una amenaza. Inmunes a esta sensación, los robots seguían su marcha hacia la colonia, desviándose sólo para esquivar un árbol caído o una raíz demasiado saliente. Alex lo contemplaba todo con aprensión, como esperando que sucediera algo imprevisto y horrible.

—¡Alto! Paraos.

—Aquí basse, ¿qué ssucede?

—Creo que he visto algo de movimiento en un árbol, voy a acercarme.

Dirigió el robot que lo transportaba hacia lo que le había llamado la atención, los otros dos vehículos se colocaron uno a cada lado, afortunadamente, él había subido el umbral de sus programas de defensa. En uno de los árboles había una mancha redondeada que sobresalía de la corteza, pero de su mismo color. Alex hizo detenerse a su vehículo y, trabajosamente, descendió y se acercó a la mancha. Se notaba blanda al tacto. Al volver a tocarla se desprendió de la corteza y cayó al suelo boca arriba, descubriendo un par de ojos asustados y unos dientecillos de roedor. El animal se dio la vuelta y empezó a alejarse reptando.

Alex lo cogió con delicadeza y lo guardó en una de las jaulas que llevaba. Después examinó el tronco donde estaba el animal, pero no vio ningún rastro de su presencia anterior: ni corteza roída ni arañazos.

—He encontrado un animal nuevo que vive en los árboles morados, no sé de qué se alimenta, pero no parece que del árbol directamente.



—Aquí basse, de acuerdo. Ssiga adelante.

—Vale. Corto y cerrado.

Volvió a montar y ordenó seguir la marcha. Al dirigir su vista hacia la jaula del animal-mancha ahogó una exclamación.

«¿Cuásares! ¿Dónde está? Un momento, sí, ahí lo veo. Puede cambiar de color. Se había mimetizado en el fondo y no lo veía. Parece que quiere algo ahora, se aprieta contra los barrotes e intenta llegar a... ¿No será a esas bolitas que hay sobre el radiador del robot? ¿De dónde habrán salido?»

Cogió una y la examinó. Tenía unos dos milímetros de radio y era de color morado. Se la lanzó al animal y éste se la comió, después siguió intentando alcanzar las otras. Alex le dio algunas y las otras las guardó. «Es curioso que sólo hayan caído sobre la rejilla del radiador»

Mirando atentamente, era posible ver otros animales-mancha, siempre pegados al tronco de los árboles, aunque de vez en cuando alguno estaba en el suelo, comiendo bolitas moradas.

Se olvidó de todo esto cuando llegaron a la colonia abandonada. Todo en ella hablaba de una salida precipitada: cajas con equipo aún por desembalar por todas partes, algunas construcciones sin finalizar, y la verja electrificada abierta y con la puerta entornada. Por ella entraron los robots y su pasajero.

La colonia ocupaba un claro amplio, pero no completamente desprovisto de árboles, para ocultarse mejor. Todo estaba pintado del color de los árboles, y el efecto de desolación era aún peor que con el bosque desnudo.

Los dos robots de combate se adelantaron y, hasta que comprobaron que no había peligro en ninguna parte del claro, no dejaron avanzar a Alex.

—No veo nada extraño.

—Aquí basse, intente entrar en alguna cabaña, quizá encuentre algo.

—De acuerdo, corto y cerrado.

«Entrar en una cabaña... ¡Ja! Con todo esto encima es como intentar descender sobre un asteroide con dos estabilizadores estropeados»

Mal que bien, consiguió ponerse en pie y entrar en la construcción más grande. Por el tamaño y distribución de las mesas dedujo que era el comedor y/o lugar de reunión. Como en el bosque apenas había animales, el desorden reinante había que atribuirlo a una salida rápida y desorganizada. Sin embargo, ni dentro del edificio ni fuera de él se apreciaban señales de lucha: ninguna quemadura de láser, ningún impacto de proyectil, ni rastro de cráteres —ni radiactividad— producida



por antimateria. Sólo silencio, edificios vacíos y los sempiternos árboles de ramas retorcidas.

Alex renqueó de un edificio a otro, viendo en todos el mismo desorden de la prisa. Tan sólo encontró algo excepcional en alguna de las viviendas: aunque dispersados por el viento, había en ellas gran cantidad de pelos cortos anaranjados. Examinándolos de cerca se veía que habían sido cortados, puesto que no tenían raíz ni restos de piel.

En varios árboles interiores a la empalizada había también animales-mancha. Se acercó a uno de ellos y lo miró abstraído.

«No puedo creer que estos animalitos tan simpáticos hayan podido echar a los kattsos de aquí, ni acierto a imaginar nada en la galaxia capaz de inducirlos a la huida sin lucha. Lo único que veo es desorden y pelos cortados. Buen rompecabezas»

Mientras pensaba esto, el animal —tranquilizado por su inmovilidad— descendió por el tronco y avanzó por una de las raíces. Allí se quedó quieto de nuevo. Ya se iba a ir Alex cuando empezaron a caer pequeñas bolas sedosas sobre el animal. éste segregó un líquido acuoso que las hizo resbalar hasta el suelo y, quitándoles las cubiertas de pelos, devoró las bolitas oscuras que había en el interior. Mientras hacía esto dejaron de caer. Una vez que terminó con ellas, volvió a subir por el tronco hasta su posición anterior.

«¡Púlsares modulados! Esto sí que es bueno, ¿por qué empiezan a caer esas bolitas y después dejan de hacerlo? ¿qué son?»

Fijándose, pudo ver cómo otros animales repetían la operación, y esta vez comprobó que las bolitas parecían provenir de las ramas de los árboles. Los animales bajaban al suelo y, al poco rato, caían sobre ellos. De repente, dejaban de caer, los animales se comían las bolitas, sin dejar que ninguna les quedara encima y volvían al tronco. Incluso pudo ver uno de ellos pasando de un árbol a otro sin que le acompañara la lluvia de bolitas.

Acercándose a los robots, Alex llamó a la nave:

—¿Podéis hacer que se vea en esta pantalla una ampliación de las ramas de los árboles?

—Vamoss a intentarlo. ¿Has visto algo?

—Los animales-mancha parecen provocar la caída de algo desde los árboles, pero no tengo ni idea de cómo lo hacen. Creo que se alimentan de ellas.

—Ahí lo tienes.

Apareció la imagen pedida: en algunas ramas había una hilera de bolitas sedosas.



—Esas cosas son las que comen los animales.

—¿Qué sson?

—No lo sé, parecen semillas. Voy a recoger algunas más para analizarlas.

Sin embargo no pudo encontrar ninguna en el suelo. Y agitando los árboles más bajos no consiguió hacer caer ninguna. Tan sólo sobre las rejillas de ventilación de los robots había alguna, que ya se había desprendido de su cubierta peluda, que parece que sólo servía para amortiguar la caída. El animal-mancha que estaba en la jaula había conseguido hacerse con unas pocas y las estaba comiendo con glotonería.

—Vuelvo al módulo, aquí no hay nada más que ver.

—De acuerdo.

En el camino de vuelta vio más animales-mancha, así como bolitas cayendo sobre los radiadores de los robots, pero no sobre el resto de los aparatos. De repente, se golpeó el casco con la mano. «¡Cuásares! Ya lo tengo!»

—Creo que ya sé por qué caen las bolitas.

—¿Por qué?

—Cuando hay algo caliente que provoca convección en el aire, los árboles lo detectan de algún modo y dejan caer las semillas.

—¿Esstáss sseguro?

—Voy a probarlo.

Manejando los controles del traje hizo subir su temperatura exterior hasta la normal de un ser humano. En un momento empezaron a caer hacia él copos morados. Al volver a la temperatura ambiente, dejaron de caer.

—Comprobado. Creo que estos bichitos pueden provocar la caída cambiando la temperatura exterior de sus cuerpos.

El animal, feliz devorando todas las bolitas a su alcance, pareció darle la razón con una mirada.

De vuelta ya en el módulo, y tras haber dejado el animal-mancha y las bolitas al otro lado de la compuerta estancia —no sin hacer jurar a los kattsos que no iban a desmontar al animalito víscera a víscera—, Alex se arrellanó —dentro de lo posible— en su asiento y reflexionó sobre lo sucedido.

«Bueno, bueno... tenemos un bichito que hace caer bolitas de los árboles y se las come. Las bolitas caen de los árboles sobre todo lo que está caliente. Se me ocurren dos preguntas: ¿qué son esas bolitas?, ¿por qué razón caen?. Y una tercera, que puede estar relacionada o no con las anteriores: ¿por qué no hay más animales en los bosques morados? Como bocado los animales-mancha son pequeños, pero poco trabajosos



de capturar. ¡Ah! Aquí están los resultados: los animales pueden variar la temperatura en torno a la ambiente, tienen sangre caliente y su piel es gruesa y difícil de agujerear —¡pobre animal!, a saber lo que le habrán hecho—. No tiene pliegues ni articulaciones de ninguna clase, se desliza reptando y utilizando unas ventosas que tiene en sus bordes. Su dentadura sólo parece capaz de habérselas con semillas poco duras. No segregan más líquido que ese que vi, que es lubricante y los vuelve extremadamente resbaladizos. Eso es todo. No son rivales de la talla de los kattsos, me maravilla que puedan sobrevivir unos bichos tan inofensivos en un planeta con predadores tan evolucionados como los de éste. ¿Y de las bolitas? Son semillas, pero desprovistas por completo de las reservas habituales para el desarrollo. Tan sólo el germen de la planta y algo más que no han podido analizar porque llegó tan estropeado que se deshizo con sólo tocarlo. No parecen contener ninguna sustancia venenosa. ¿Se acabó?... Sí, no hay nada más. Pues estamos igual que al principio»

—Basse a módulo, ¿hass vissto loss ressaltadoss?

—Sí, creo que no nos aclaran mucho

—No. Convendría tener máss ejemplarress de ssemillass para intentar analizar la parte que sse estropeó en lass otrass.

—De acuerdo, saldré otra vez. ¿Algo más?

—No.

—Salgo ahora. Por cierto, pienso hacerlo a pie y sin la escafandra.

—No me parece prudente.

—Hasta el momento no hemos tenido ningún problema, y no me apetece nada andar tropezando con las raíces cargando con un peso mucho mayor que el mío habitual.

—Haga lo que quiera.

Y cortó la comunicación.

«Si se enfada es problema suyo», pensó. Después bajó a la bodega, donde se hizo poner las vacunas necesarias, recogió al animal-mancha, y salió al aire libre.

Tras hacer un par de profundas inspiraciones, echó a andar a buen ritmo hacia el bosque morado, un poco mareado por la abundancia de aire no enlatado y por los aromas que percibía.

«¡Qué distinto puede ser todo cuando puedes olerlo! Estas matas tan anodinas tienen un olor fuerte, como salvaje y desafiante. En cambio, los árboles morados, tan feos, poseen un aroma suave y agradable, casi a vainilla, como este animalito...»

El animal-mancha estaba feliz encaramado en su hombro, a la temperatura del hombre y de un color rosa pálido, típico de la piel de los pilotos.



Tras unos minutos de andar, Alex llegó al bosque y entró en él. Enseguida vinieron a su encuentro unas cuantas bolitas. Él se las sacudió, sin preocuparse de si le quedaba alguna encima o no.

«Yo creo que no me hace falta adentrarme más, dejo aquí al animal éste y recojo las semillas»

Se agachó y recogió algunas de las bolitas, que habían caído al suelo, mientras hacía extraños gestos con los hombros y se frotaba el cuerpo. Después empezó a retorcerse y a dar saltos. En uno de ellos se desprendió el animal-mancha, que se alejó, indiferente a las piruetas del hombre. éste, tras revolcarse por el suelo, volvió corriendo al módulo, arrancándose la ropa por el camino.

Entró en la bodega como un rayo y, terminado de desnudarse, dio órdenes para un despegue inmediato.

—Basse a módulo, ¿qué sucede?

«Ya te lo contaré otro rato, ahora estoy demasiado incómodo para dar explicaciones»

—JC, prepara una ignición en diez minutos.

—De acuerdo.

—Basse a módulo, ¿qué pasa ahí abajo?

Fue a su cabina y tomó una ducha, frotándose la piel concienzudamente, después hizo que el botiquín de a bordo le afeitara todo el cuerpo y le aplicara una pomada calmante.

—Te ordeno que contesstess inmediatamente.

Terminó justo a tiempo. Desnudo en el asiento, escuchó el rugido de los motores y sintió todo su peso contra el respaldo, pero la ausencia del ardor de momentos antes le hacía sentirse bien.

—¿Por qué hass despegado? ¡Maldito humano!... ¡Grrgumpf grrrecass!

«Ahora no, chico, ahora no... necesito tiempo para explicarte lo que ha pasado... y lo que pasó hace veinte años»

Al ceder la primera aceleración de la salida, pudo relajarse un poco en el asiento.

«Muy ingenioso, ¿para qué gastar alimento en una semilla cuando puede alimentarse por sí misma? ¿para qué viajar en el vientre de un animal cuando puedes hacerlo encima de él?»

Mientras el módulo se situaba en una órbita de encuentro con la nave, Alex volvió a su camarote y tomó otra ducha, cubriéndose otra vez de pomada, meditando sobre su próximo encuentro con los kattsos.

«Con dos o tres sesiones más me habré librado de todas... pero sigo sin saber cómo explicarles a esos mininos que sus heroicos antecesores fueron expulsados del planeta por pulgas vegetales...»



ZTF-FCT
Zientzia eta Teknologia Fakultatea
Facultad de Ciencia y Tecnología

EL HOMBRE DORMIDO

Segundo Premio de la V Edición (1993)

César Mallorquí del Corral



EL HOMBRE DORMIDO

Al soñar, el durmiente lleva consigo el material de este mundo global, él mismo lo destroza, él mismo lo construye, y sueña según su propia brillantez, según su propia luz. Entonces esta persona se convierte en un autoiluminado. Allí no hay carros, ni puentes, ni caminos, sino que proyecta a partir de sí mismo carros, puentes, caminos. Allí no hay aljibes, ni estanques de lotos, ni corrientes. Pero él proyecta a partir de sí mismo aljibes, estanques de lotos, corrientes. Porque es un creador, un dios.

Milarepa.

En esto el rey, que estaba ya de vuelta, subió a donde se hallaba su hija, y al verla en aquel estado se acordó de la predicción de las hadas; conociendo entonces que el accidente era inevitable, puesto que las hadas lo habían predicho, hizo trasladar a la princesa a las más hermosas habitaciones del palacio, y que la acostasen en una cama bordada de plata y oro. ¡Qué hermosa estaba en aquella actitud!, parecía un ángel dormido. Su desvanecimiento no había robado los vivos colores de sus mejillas, las cuales estaban encarnadas como una rosa, y sus labios semejaban cintas de húmedo coral. Sus ojos se hallaban cerrados; pero su respiración regular y tranquila no permitía suponer que estuviese muerta. El rey ordenó que se la dejara dormir, sin turbar su reposo, hasta que llegase la hora en que debía despertarse.

Perrault. La Bella Durmiente del Bosque.

La división común del mundo entre sujeto y objeto, mundo interno y mundo externo, cuerpo y alas, ha dejado de ser adecuada.

Werner Heisenberg.

Cuando el Viajero se detuvo para beber el agua iridiscente del manantial, no se fijó en el árbol. Pero luego el árbol habló, de modo que el Viajero se vio obligado a seguir las normas más elementales de cortesía y charlar un rato con él.

—Es raro encontrar gente de paso —dijo el árbol (en realidad, un castaño de indias)—. ¿A dónde te diriges?

—No lo sé —repuso el Viajero.— Estoy buscando a alguien.

—¡Ob...! —el árbol arrancó de sus ramas susurros de almidón. Luego añadió:— así que buscando a alaguien, ¿eh? ¡Vaya...!



Certamen Alberto Magno

El Viajero se humedeció la cara y bebió un par de sorbos. El agua sabía a vino de cerezas perfumado con canela.

—¿No estás muy aislado aquí? —preguntó el Viajero, contemplando la soledad del altiplano—. Eres el único árbol que hay en muchos kilómetros a la redonda.

—«La soledad es a veces la mejor compañía, de modo que un corto retiro acelera un dulce retorno.» Milton, *El Paraíso Perdido*, —el árbol carraspeó—. Además me acompañan mis sueños.

—Ah, sueñas... ¿Con qué?

—Sueño que soy un viajante de comercio y que me desplazo constantemente de un pueblo a otro con un muestrario de bisutería.

El Viajero asintió y pensó que, seguramente, aquel castaño de indias era en realidad un viajante de comercio. Pero se guardó muy mucho de decírselo, porque no deseaba ofenderle.

—Antes has comentado que buscabas a alguien —prosiguió el árbol—. ¿Sería incorrecto preguntar a quién?

—En absoluto. Busco al Hombre Dormido.

—¡Oh, oh, oh...! —el árbol lanzó guiños de musgo y corcho—. ¡Una gran búsqueda es esa! He oído decir que el Hombre Dormido se encuentra bajo una gran cúpula de cristal en un palacio de Agartha.

—¿Agartha?

—Agartha, sí. La ciudad que guarda el trono dorado con las imágenes de dos millones de dioses, la sede de la Universidad del Conocimiento. Si miras hacia el oeste puedes ver el resplandor de Agartha en el horizonte.

—Sí —dijo el Viajero contemplando el poniente—. Conocía esa ciudad por otros nombres —suspiró—. El problema es que nunca consigo acercarme. Por mucho que camine, la ciudad siempre se encuentra a la misma distancia de mí.

—«Hay que viajar por topofobia, para huir de cada lugar, no buscando aquél al que va, sino escapándose de aquél de donde parte.» Miguel de Unamuno. Lo importante es el viaje, no la meta.

El Viajero asintió apreciativamente. Cogió su mochila y se la puso a la espalda.

—Ahora debo irme. Ha sido un placer conocerte.

—Permiteme una última pregunta —dijo el árbol—: ¿por qué buscas al Hombre Dormido?

—Quiero saber quién es; conocer su nombre.

—Ya, su nombre... Bien, pues te deseo mucha suerte.

—Gracias —el Viajero comenzó a alejarse, pero al cabo de unos metros se detuvo—. ¿Te gusta ser un árbol? —preguntó.

—No está mal... —contestó el castaño—. Ya sabes, llega un momento en la vida en que hay que echar raíces.



Se llamaba Cezar Pallady. Estaba dentro de un pequeño recinto cerrado e insonorizado, un habitáculo cúbico de cuatro metros de lado donde, según me dijeron, podrían controlarse tanto la temperatura como la presión atmosférica. A aquella cámara le llamaban el *Gabinete de Morfeo*.

Pallady tendría mi edad, unos cuarenta años. Era delgado, moreno, con el mentón poblado por una espesa barba y el pelo muy corto. Se encontraba sentado en el suelo, sobre una pequeña alfombra, desnudo, absolutamente inmóvil, con los ojos cerrados y las manos descansando sobre las piernas entrecruzadas. Tenía la cabeza literalmente cubierta de electrodos y cables, como una versión tecnológica de esas estatuas que representan a Buda con el cráneo cubierto de caracoles. También tenía electrodos en el pecho, la espalda y las muñecas. Si podíamos verle era gracias a la batería de monitores de televisión en circuito cerrado que le mostraban desde todos los ángulos y encuadres posibles.

Según me dijo Irene Stasinopoulos, supervisora ejecutiva de *Stütze Arzt Zwischenstaatlich*, la compañía alemana que había contratado mis servicios y me había llevado hasta Creta, Pallady era un yogui. Y, para mayor exotismo, un yogui rumano.

Nos encontrábamos en el Laboratorio del Sueño, una especie de nave industrial, blanca y luminosa, no muy grande pero de techos extremadamente altos. Había mucho espacio disponible, pero tanto el equipo como el personal parecía arracimados alrededor del *Gabinete de Morfeo*. Allí ocho técnicos se afanaban en controlar los instrumentos electrónicos y realizar anotaciones. En realidad, yo no tenía la más remota idea de lo que estaban haciendo, de modo que me aproximé discretamente y me distraje intentando adivinar el significado de las lecturas que ofrecían los distintos indicadores.

Al parecer, una de las baterías de aparatos controlaba el estado físico de Pallady: temperatura corporal, presión sanguínea, electrocardiograma, tono muscular... en fin, todo lo usual. Lo que ya no era tan normal es lo que indicaban las lecturas: la presión arterial era muy baja, el ritmo respiratorio extremadamente lento y la temperatura basal próxima a la hipotermia. Pero lo más alarmante era el pulso: ocho latidos por minuto (y el ritmo decrecía). Aparentemente, aquel hombre se estaba muriendo.

—Increíble, ¿verdad? —Irene se había acercado a mí y me hablaba en voz baja—. Pallady puede controlar las funciones, en teorías autónomas, de su sistema nervioso vegetativo. Ahora está entrando en estado cataleptico: ralentiza todo su metabolismo y altera sus estados de percepción. Ven, te voy a enseñar algo.



Irene me llevó junto a un electroencefalógrafo. Varias pantallas representaban las curvas de actividad eléctrica del cerebro, al tiempo que un conjunto de agujas reproducían gráficamente esas mismas curvas en largas bandas de papel cuadrulado.

—¿Sigues familiarizado con esto? —me preguntó Irene.

Asentí. Allí estaban las curvas correspondientes al estado de vigilia, a los cuatro estados No REM y al estado REM. Ondas Beta, Alfa, Theta, Delta... Observé los registros y reconocí los abruptos trazos de los Complejos K y las Ondas en Huso. Todo parecía normal, eran las lecturas típicas de un hombre dormido en fase de sueño profundo. No obstante, había algo absolutamente imposible en aquellas lecturas: existía actividad simultánea en el espectro de las ondas Beta y en el de las ondas Delta. Parpadecé y me volvía hacia Irene con una muda pregunta en los ojos.

—Sí —sonrió la mujer—: Pallady está despierto y dormido a la vez. Y no —se encogió de hombros—, no sé cómo lo hace.

Había oído hablar de este tipo de cosas, pero nunca tuve la oportunidad de presenciarlas. De modo que permanecía en silencio, observando la actividad de los técnicos.

—Comienza el movimiento ocular rápido —dijo un joven de pelo largo y encrespado; sus raídos vaqueros asomaban bajo la bata de trabajo—: Cezar entra en fase REM con curvas de sierra en los tres punto cinco hertzios y bajando. Gran actividad onírica. ¡Ey, chicos, eso es lo que yo llamo soñar! ¡Ah-ah...! Incremento de crestas en el registro Beta. Todos atentos; efecto *Rätsel* de un momento a otro.

Se produjo un revuelo salpicado de murmullos. Los técnicos comenzaron a dirigir furtivas miradas a un solitario monitor que mostraba una verde y fosforescente línea continua, plana y muerta. Ignoraba lo que pretendía registrar aquel aparato, pero fuera lo que fuese, ahora no indicaba actividad alguna.

—Bien, informad de cualquier alteración del poligrama —dijo un hombre grueso, de pelo cano y escaso, que parecía rondar los sesenta años. Irene me susurró que se trataba de Constantin Tsatsos, el gran patriarca del Centro de Investigación del Sueño. Tsatsos prosiguió—: vigila la temperatura del *Gabinete*, está bajando demasiado. Kathy, ¿cómo andan sus constantes?

—El corazón late cuatro veces por minuto —respondió una joven que, de quitarse las espantosas gafas de concha que llevaba, hubiera sido realmente bonita—. Respiración constante: una inspiración y una expiración alternativas cada sesenta segundos. Temperatura estable. Comienza a



aumentar la presión sanguínea, y, eh... —la joven se sonrojó y bajó el tono de voz—. El sujeto está experimentando una erección...

Sin duda, era una chica tímida; trabajando en un laboratorio del sueño debería haberse acostumbrado ya a los penes erectos y las vaginas húmedas. Según recordaba, todos experimentamos una especie de excitación automática en los órganos sexuales cuando entramos en fase de sueño profundo y comienzan las ensoñaciones. Nadie sabe por qué ocurre, pero ocurre (aunque, al parecer, nada tenga que ver con la libido).

—Desaparecen las ondas lentas sincronizadas —intervino de nuevo el joven de pelo encrespado—. Aumenta la actividad Delta irregular, y... bueno, el diagrama Beta se ha vuelto loco. Parece que nuestro amigo está celebrando una fiesta en su cabeza... Ojo, comienzo a obtener registros de actividad por debajo de los cero punto cinco hertzios...

Todo el mundo se detuvo expectante, todas las miradas convergieron en la pantalla reticulada del misterioso monitor. Sin saber por qué, yo también me puse a contemplar aquella fosforescente línea verde, horizontal o inmóvil.

Los segundos transcurrieron lentos en medio de un silencio tenso. Suspiré y comencé a pasear la mirada por el laboratorio. En una pared alguien había fijado con cinta adhesiva un cartel escrito a mano: *«Los sueños han sido creados para que uno no se aburra mientras duerme»*.

Sonreí y volví a mirar el monitor.

Y entonces, justo en ese momento, la perezosa línea verde se alzó, describiendo una cresta amplia y elevada, para luego caer en un valle profundo. Repitió tres veces el mismo movimiento y acto seguido recuperó su anterior horizontalidad estática.

El silencio que reinaba en el laboratorio se volvió estupor, asombro. Los ojos se dilataron y las bocas se abrieron maravilladas. Era como si, en vez de unos breves «bips» en una pantalla, aquella gente hubiese contemplado una aparición celestial.

—Duración del efecto *Rätzel*: dos segundos y ochenta y siete centésimas —dijo alguien—. Tenemos un nuevo récord.

Entonces todos comenzaron a aplaudir y a gritar. Pelo Encrespado besó en los labios a Chica Tímida, y las mejillas de ésta adquirieron un tinte rabiosamente escarlata. Tsatsos, el gran patriarca, sonrió satisfecho, pero adoptó rápidamente una expresión severa, más en concordancia con su dignidad doctoral.

—Vamos, vamos, un poco de seriedad: estamos trabajando —dijo, como un profesor indulgente reclamando la atención de sus alumnos (o una gallina recogiendo a sus polluelos)—. Tenemos que despertar al se-



ñor Pallady. Escucha, Kurt —prosiguió, dirigiéndose a Pelo Encrespado—: necesitamos los resultados del poligrama esta tarde. Y pon a tu gente a trabajar en un estudio comparativo de los nuevos registros...

Miré a Irene con las cejas enarcadas. Me sentía como cuando se llega al teatro con la función comenzada. Ella debió advertir mi desconcierto, porque me dirigió un guiño cómplice. Luego le hizo una seña al profesor Tsatsos. Este asintió con la cabeza y, tras impartir una nueva retahíla de instrucciones, se acercó a nosotros.

—Constantin —dijo Irene haciendo de maestro de ceremonias—, te presento al doctor Juan Varnigal. Como sabes, es un prestigioso patólogo español, y buen amigo mío además.

Nos estrechamos las manos. Su apretón era firme y franco, concebido para transmitir seguridad y confianza.

—Es un placer, doctor Varnigal —dijo Tsatsos—. Conozco algunos de sus trabajos sobre patologías exóticas. Son excelentes —asentí, agradeciendo sus palabras, aunque sabía que cuando hablaba de «mis trabajos», se estaba refiriendo en realidad al estudio que realicé en Bucaramanga, hace ya tanto tiempo, sobre el caso de la niña María Candelaria. El profesor Tsatsos continuó—: le imagino enterado de la actividad que desarrollamos en el Centro de Investigación del Sueño, así como de las características de nuestra actual línea de experimentación...

—No, Constantin —le interrumpió Irene—. Juan no sabe nada de todo eso. Acabamos de llegar del aeropuerto de Heraklion y todavía no hemos tenido tiempo de hablar. Además, es preferible que se lo cuentes tú.

—Oh... —el profesor Tsatsos me miró con cierta severidad, como si yo fuera uno de sus estudiantes menos aplicados—. En tal caso será mejor que nos pongamos cómodos —se volvió hacia la Chica Tímida—: Kathy, dile a Kurt que en cuanto pueda vaya a mi despacho.

El profesor nos indicó que le siguiéramos. Un momento antes de abandonar el Laboratorio del Sueño me volví hacia la batería de monitores que continuaban componiendo una especie de retrato cubista de Cezar Pallady. Uno de ellos mostraba un primer plano de los ojos cerrados del yogui. Observé que los globos oculares se movían por debajo de los párpados.

Luego miré la pantalla del monitor que antes había suscitado tanto expectación. La línea verde fosforescente, no sé por qué, me pareció la pupila sesgada de un gran lagarto.



Al principio no acepté el trabajo que me ofrecía Irene Stasinopoulos. No quería viajar a Creta, no quería practicar mi profesión, no quería ver a nadie. En realidad, lo único que deseaba era quedarme en casa, con las luces apagadas, bebiendo todo el alcohol que me fuera posible trasegar. Sabía que si lograba beber lo suficiente, conseguiría no sentir nada, quedarme vacío, entumecido e insensible. Y eso era lo más cerca del reposo y la tranquilidad que yo podía estar.

Había renunciado a mi trabajo en el Hospital. Eso fue seis meses después de la muerte de Samuel, nuestro hijo. Poco después, Carmen me dijo que no podía seguir conmigo y que se iba, porque nuestra vida era un infierno. No me extrañó: hacía mucho que no funcionábamos como pareja, antes incluso de que la enfermedad de Samuel saliera a la luz. De hecho, creo que fue durante la agonía de nuestro hijo cuando más unidos estuvimos. Pero al morir el niño, también murió lo único en común que teníamos. No me extrañó que Carmen me dejara; al contrario, casi me produjo un cierto alivio, como cuando un mal presagio se cumple al fin.

Por eso, cuando me llamó Irene por teléfono para pedirme que colaborara con la *Stiitzze Arzt* en un trabajo experimental que estaban llevando a cabo en Creta, me negué. Andaba muy ocupado intentando borrar de mi mente el dolor y la desesperación que me producían la muerte de Samuel (y de paso, sí, destruyéndome a mi mismo).

Pero Irene era mi amiga. Nos habíamos conocido en Bolivia, antes de que ella cambiara el ejercicio de la medicina por un despacho en una multinacional. Durante un tiempo mantuvimos un torpe coqueteo que nunca llegó a cruzar la frontera que separa los deseos de la realidad. Y creo que esa fue la base que cimentó nuestra amistad; nos queríamos y nos respetábamos, cosa que rara vez ocurre simultáneamente en las relaciones entre hombres y mujeres. Por eso Irene viajó a Madrid, fue a mi casa y, con la ayuda de una ducha fría, me sacó del estupor en que me encontraba. Luego tiró todo el whisky a la basura y, durante una semana, se quedó conmigo, acudiendo a mi lado cuando me despertaba llorando por las noches, escuchando la tristeza infinita de mi pérdida. Fue una buena terapeuta; me recetó un tratamiento de sueño, alimentación sana, cariño y compañía. No diré que me curó, pero al menos me condujo de regreso al mundo real.

—Tengo que irme —me dijo Irene el séptimo día de su estancia en Madrid—. Pedí unos días de vacaciones, pero ya he de volver a Munich. Escucha, Juan, ahora te lo voy a pedir. Te lo voy a ordenar: vas a trabajar para mi compañía. Será cosa de un mes. Necesitamos de tu asesoría, y tú necesitas salir de esta casa —intenté protestar, pero ella me acalló con



un gesto. Luego puso en mis manos un billete de avión y un cheque—. La semana que viene nos veremos en Creta. Mira, la *Stütze Arzt* se dedica a la fabricación de material clínico. Pero la *Stütze Arzt* es una empresa filial de la compañía farmacéutica *Krenz*. A su vez, la *Krenz* subvenciona un instituto de investigación del sueño en Grecia; ya sabes, llevan años buscando un somnífero definitivo. Pues bien, la *Stütze Arzt* ha desarrollado algo revolucionario relacionado con el sueño. Y la *Krenz* lo está poniendo a prueba en Creta.

—Pero Irene —protesté—, soy patólogo clínico. No estoy al día de los avances...

—Tonterías. Te dedicaste durante años a las enfermedades del sueño. Tu trabajo sobre María Candelaria aún se pone como ejemplo en las facultades de medicina —cruzó los brazos y, en pleno arranque racial, añadió—: vendrás conmigo a Creta, o te llevaré yo de la oreja.

De modo que fui a Creta.

Aún no sabía nada del Hombre Dormido.

* * *

El profesor Tsatsos llevaba un rato hablando sobre las actividades de la institución que dirigía. Según dijo, el Centro de Investigación del Sueño se había fundado hacía seis años gracias a las aportaciones de diversas empresas privadas. Sus objetivos eran múltiples: estudio de la fisiología del sueño, investigación de los procesos hipnogénicos, experimentación con fármacos, patología de las enfermedades del sueño... En fin, lo usual.

En realidad estaba empezando a aburrirme, de modo que me dediqué a pasear disimuladamente la mirada por el austero despacho del profesor Tsatsos. Sólo había libros, cintas de vídeo, archivos... El único adorno que parecía permitirse era una solitaria reproducción del cuadro *El Anciano de los Días*, de William Blake. Lo cual evidenciaba un contrasentido: el profesor era el paradigma del científico, y Blake un místico arrebatado. Comenzaba a preguntarse sobre la clase de persona que sería Tsatsos, cuando la puerta se abrió dando paso al joven de pelo encrespado que había visto en el laboratorio. El profesor me lo presentó como Kurt Stoph, brillante ingeniero electrónico alemán, y Director Técnico del Centro.

Kurt resultó ser un personaje divertido e hipersociable. Cuando Tsatsos le cedió la palabra, el alemán la usó primero para contarnos un par de chistes malos y una surrealista historia sobre los sueños de su novia. Luego entró en materia:



—Pero estamos aquí para hablar sobre el proyecto Engrama, ¿no es cierto? ¿Sabe algo de bioelectrónica, doctor Varnigal? —negué con la cabeza. Kurt asintió resignado—. En fin, procuraré contárselo de forma sencilla. Présteme atención porque le voy a hablar de la lámpara de Aladino, de magia y de prodigios —carraspeó—. Como usted sabe, las neuronas del cerebro intercambian señales eléctricas. Estas señales provocan cambios de tensión que pueden ser detectados mediante electroencefalografía. Claro que ese es un procedimiento muy burdo, ya que prácticamente sólo permite detectar si hay o no actividad en el cerebro y en que frecuencia de onda se produce —Kurt se encogió de hombros—. No obstante, actualmente disponemos de sensores mucho más evolucionados y de procesos informáticos potentes y precisos —hizo una mueca—. La actividad bioeléctrica del cerebro crea un complejo campo electromagnético a su alrededor. Una especie de red estructurada, un esquema vibratorio que reproduce los procesos bioquímicos del encéfalo. En teoría, es posible obtener información muy precisa del estudio de ese campo magnético, al que llamamos Engrama Cerebral. En ese sentido se orientaban varios proyectos del Departamento de Investigación de la *Stiitzze Arzt*. Estaban realmente encoñados con el tema. Y le ruego que perdone mi vocabulario, señora Stasinopoulos.

—¡Bueno!

Entonces entró en escena un inteligente y perspicaz ingeniero, Kurt Stoph, o sea yo, con una brillante idea: ¿y si además de obtener información del Engrama Cerebral, consiguiéramos modificarlo? ¿Qué pasaría si pudiéramos actuar selectivamente sobre los campos electromagnéticos del cerebro? Oh, buena pregunta, dijo el Departamento de Investigación de la *Stiitzze Arzt*. Adelante, estudien el asunto —Kurt sacudió la cabeza—. No le aburriré con los detalles, doctor. Estuvimos un par de años trabajando y construimos algo pomposamente llamado Excitador de Engrama Bioeléctrico. ¿Cuál es la función de ese artefacto? Bien, básicamente obtener un modelo depurado, limpio de «ruido» e interferencias, del engrama encefálico, para luego devolvérselo al cerebro en forma de campo magnético inducido —Kurt se detuvo al contemplar el parpadeo confuso de mis ojos. Manoteó el aire y prosiguió—. Pero si no puede estar más claro: es como si realizáramos un holograma del cerebro y luego lo superpusiéramos al original. Lo que hacemos es retroalimentar el campo electromagnético del encéfalo, darle un *feed-back* de sí mismo, vibrar y entrar en resonancia con él. Excitar el Engrama Cerebral, en definitiva.

—¿Y qué esperan conseguir con eso? —pregunté, un tanto perplejo.

—¿Qué esperábamos conseguir? —Kurt levantó el dedo índice—. Primero, mejorar los sistemas memorísticos. Segundo —levantó otro



dedo—, estimular los procesos de aprendizaje. Tercero... —en vez de alzar un nuevo dedo, el ingeniero vaciló y luego sacudió la cabeza.

Pretendíamos aumentar la inteligencia, nada más y nada menos. Pero eso da igual, porque en realidad no obtuvimos nada de lo que buscábamos. Cuando actuábamos sobre una mente consciente, lo único que conseguíamos era adormecerla. Es irónico, lejos de volverse más listas, las personas que usaban el Excitador de Engrama se amodorraban y, al poco, comenzaban a roncar —frunció el ceño—. Eso puede deberse al desfase existente entre las señales del sistema sensorial y el engrama inducido, pero todavía no lo sabemos a ciencia cierta. El caso es que el proyecto fue un fracaso, un desastre.

—Afortunadamente —intervino Irene—, la *Stütze Arzt* no lo vio así. En seguida quedó claro el potencial de una máquina capaz de inducir el sueño. Imagínate, Juan, el somnífero perfecto: sueño placentero sin agresiones químicas, sin resaca posterior, sin adicción, sin sobredosis, sin ansiedad...

—Entonces trasladaron el proyecto Engrama al Centro de Investigación del Sueño —continuó Kurt—. Y yo me vi forzado a cambiar mi amado y gélido Munich por las doradas playas del Mar de Creta —suspiró burlón—. Pero valió la pena tan arrojado espíritu de renuncia. Aquí hemos averiguado que el Excitador de Engrama provoca un sueño de primera calidad, con episodios oníricos muy vívidos, así como un notable incremento, tanto en cantidad como en duración, de los ciclos REM de sueño profundo. Y esos tonificantes efectos los produce tanto en gente sana como en enfermos de insomnio crónico. Lo que, dejando a un lado la modestia, es un hallazgo soberbio.

Kurt extendió los brazos y enarcó las cejas, dando a entender que ya había terminado su exposición. Me disponía a hacer un vago comentario cuando Irene me interrumpió:

—Los resultados del proyecto Engrama han sido muy estimulantes. Salvo por un detalle, que desgraciadamente ha acabado por convertirse en un problema.

—No debemos llamarlo problema —intervino el profesor Tsatsos, por primera vez después de un largo silencio—, sino oportunidad. La cuestión, doctor Varnigal, es que la máquina de Kurt hace algo que no debería hacer. Verá, cuando usamos el Excitador de Engrama con una persona, ésta comienza a recorrer rápidamente todas las fases del sueño normal. En pocos minutos entra en estado No REM 1, con el habitual sopor y el comienzo de las alucinaciones hipnagógicas. Luego pasa aceleradamente por los tres siguientes estados No REM, para desembocar en



un sueño profundo REM con hiperactividad onírica. Hasta aquí todo normal, salvo por la velocidad con que se produce el proceso. Lo sorprendente es que, a los diez o quince minutos de sueño profundo, aparece una nueva onda en el cerebro. Una onda que nunca ha existido y que evidencia actividad en cierta región del encéfalo, que al menos bioeléctricamente, jamás ha sido activa.

—Esa onda —subrayó Kurt—, tiene una frecuencia inferior a los cero punto cinco hertzios. La llamamos onda R. La «R» viene de *Rätsel*. En el caso de que no sepa usted alemán, le informaré de que *rätsel* significa «enigma».

—La onda R —continuó Tsatsos—, es la evidencia de que el Excitador de Engrama despierta un área del cerebro usualmente inactiva. La llamamos zona *Rätsel*. Si el Excitador se desconecta, la zona se vuelve inactiva y la onda R desaparece inmediatamente. Cuando despertamos al durmiente, no recuerda nada de lo que sucedía en su cabeza, salvo vagos movimientos de luces y formas, y una intensa sensación de deslumbramiento.

—El efecto *Rätsel* —intervino Irene—, nos tiene bloqueados. No podemos sacar a la luz nuestro descubrimiento si antes no sabemos qué demonios está pasando.

La agitación de mi amiga era palpable. ¿Por qué? En fin, el artefacto del que me hablaban podía ser de gran importancia para la *Stütze Arbeit*, pero es normal que en un proceso de investigación surjan problemas que lo empantanen todo. Comencé a sospechar que me ocultaban algo.

—Esa zona *rätsel* del cerebro —dije—, ¿dónde se encuentra?

—En la base del encéfalo, cerca de la pituitaria —respondió el profesor Tsatsos—; junto a la glándula pineal. Todavía no hemos localizado el área exacta, pero desde luego no es ninguna de las que hasta ahora relacionábamos con los procesos del sueño.

Un denso silencio cristalizó la atmósfera del despacho. Me encogí de hombros y mostré las palmas de las manos, como diciendo: «¿Y bien...?». Ignoraba a dónde querían llegar.

—Estaremos atascados hasta averiguar la naturaleza del efecto *Rätsel* —los ojos de Irene se oscurecieron—. Tenemos que comprenderlo.

—Pero el problema estriba en que no podemos trabajar con la zona *Rätsel* si al mismo tiempo la estamos induciendo con el Excitador de Engrama —dijo Kurt—. Aparecen resonancias y parásitos, y las lecturas no son fiables. En fin, un asco.

—De modo que nos pusimos a buscar sujetos cuyos cerebros, en estado normal, produjesen la onda R —el profesor Tsatsos encendió un ci-



garrillo parsimoniosamente—. Hemos encontrado dos. A uno de ellos ya ha tenido usted la oportunidad de verle en acción: Cezar Pallady. El señor Pallady, mediante técnicas de yoga, puede «despertar» la zona *Rätsel* de su cerebro y provocar la aparición de la onda R.

Eso explicaba la extraña escena que había presenciado en el Laboratorio del Sueño. Evidentemente, la línea verde del monitor que tanta expectación despertaba, registraba la aparición del efecto *Rätsel*.

—Por desgracia, Cezar sólo logra mantener la onda R durante unos tres segundos —señaló Kurt—. Muy poco para trabajar con ella. Aunque hay que reconocer que nuestro amigo hace progresos —el alemán había cogido una bolsita de cuero y sacó de ella un poco de lo que parecía hierbabuena seca. La puso sobre un papel de fumar y comenzó a liar un cigarrillo.

—Confiamos en que el señor Pallady conseguirá aumentar sus períodos de actividad R —prosiguió Tsatsos—. Entonces usaremos el Excitador de Engrama para estimular el efecto *Rätsel* en su cerebro.

—¿Y qué esperan que suceda? —pregunté.

—Cuando llevemos a cabo la experiencia le contestaré, doctor.

Un nuevo silencio. Sacudí la cabeza y me volví hacia Irene.

—Todo esto es muy interesante. Pero yo no sé nada de bioelectrónica, ni de engramas cerebrales, ni de ondas misteriosas. Soy un patólogo, Irene. Ni siquiera estoy seguro de entender lo que me estáis contando. ¿Qué pinto yo aquí?

—Ya llegamos a eso —mi amiga sonrió como una madre comprensiva—. Constantin ha dicho que hemos encontrado a dos sujetos con ondas R en su actividad cerebral ordinaria. Uno es Pallady. Ahora quiero que conozcas al otro.

Se puso en pie; los demás la imitamos. Kurt ya había encendido su cigarrillo y el aire comenzó a saturarse de un humo dulcemente aromático. El profesor Tsatsos parpadeó, visiblemente turbado, y en tono de disculpa se apresuró a decir:

—Kurt se ha ofrecido voluntario para un estudio sobre los efectos de la *cannabis* en la conducta onírica. Y se ve obligado a consumir con cierta frecuencia, eh... marihuana.

Kurt asintió seriamente y me guiñó un ojo.

—Hay que ver —dijo una profunda calada—, los sacrificios que pueden llegar a hacerse en nombre de la ciencia.

Irene me cogió del brazo.

—Vamos, Juan. Quiero presentarte a Rip, el Hombre Dormido.



Junto al laboratorio se alzaba un pequeña clínica dedicada al insomnio, la narcolepsia, el apneas y las demás enfermedades del sueño. Allí me condujeron Irene y Tsatsos —Kurt se había despedido de nosotros con una plácida sonrisa en los labios—, y allí me reencontré con una parte de mi pasado.

Era un hombre de complexión delgada, frágil, tenía la cabeza rasurada y la piel muy pálida. Debía rondar los treinta años, aunque era difícil adivinar su edad. No había nada en sus rasgos que denunciase su procedencia. Podía ser de cualquier parte. Podía ser cualquier persona.

Estaba tumbado sobre una cama, con el cuerpo menudo cubierto por una bata blanca. Su pecho subía y bajaba cadenciosamente. Tenía los ojos cerrados. Un puñado de electrodos se adherían a su cráneo desnudo, uniéndolo mediante un manojo de cables al electroencefalógrafo que ronroneaba junto a él. Me acerqué y comprobé los trazos de las agujas: aquellos eran los gráficos típicos de un hombre que sueña.

—No sabemos cuanto tiempo lleva así —dijo Irene en voz baja, como si temiera despertarle—. Le encontraron hace nueve años en la isla de Skyros, en el Egeo, tirado en un olivar situado a las afueras de la capital. Estaba dormido, y desde entonces ha sido imposible despertarle.

—¿Quién es? —pregunté.

—No llevaba documentación, nadie le conocía en la isla, sus huellas no están registradas... Quién sabe, quizá sea un viajero perdido —Irene se encogió de hombros—. El caso es que le mandaron al Hospital General de Atenas, donde le han cuidado durante todo este tiempo. No hace mucho que nos enteramos de su existencia. Afortunadamente hemos logrado que le trasladaran aquí —sonrió—. En el Centro le llamamos Rip; por Rip Van Winkle, ya sabes, el personaje de Washington Irving. Pero las enfermeras se refieren a él como el Hombre Dormido. Creo que le tienen un poco de miedo —me entregó una carpeta—. Este es su historial.

Ojeé la aventura clínica de aquel hombre. No había justificación para su estado. Todo indicaba que era un individuo completamente sano: ninguna lesión, ninguna enfermedad, ninguna malformación. Sencillamente estaba dormido y era imposible despertarle. Igual que le ocurrió a María Candelaria.

Como adivinando mis pensamientos, el profesor Tsatsos comentó:

—Inexplicable, ¿verdad? Un caso idéntico al de aquella niña colombiana que usted atendió. Pero —señaló uno de los gráficos del encefalograma—, ¿tenía ella esta onda en su cerebro? ¿Había actividad R en su mente?



Certamen Alberto Magno

—Apenas disponíamos del equipo adecuado en Bucaramanga. Y la madre de la niña nunca nos permitió trasladarla a Bogotá para hacerle un reconocimiento más completo. Así que —me encogí de hombros—, si ella llevaba o no esa misteriosa onda en la cabeza, es algo que estaba fuera de nuestro alcance comprobar —suspiré—. No pude hacer nada por aquella niña, profesor. Intenté un tratamiento con lo que tenía a mano: estimulantes del sistema nervioso central, efedrina y anfetaminas. Pero la verdad es que nunca supe lo que le ocurría, y mucho menos cuál era el camino de su curación.

—No se trata de que cures a Rip —dijo Irene, poniendo su mano en mi brazo—. Bastará con que hagas todo lo posible por averiguar lo que le pasa. Y también... —dudó un instante—. En realidad será suficiente con que nos digas si Rip está en condiciones de experimentar los efectos del Excitador de Engrama.

—Queremos estimular el campo bioeléctrico de su zona *Rätsel* —una intensa energía chispeaba tras las pupilas de Tsatsos.

—¿Y por qué no le dejan en paz? —tragué saliva—. De todas formas, ¿qué esperan conseguir?

—Quién sabe —Tsatsos sonrió por primera vez—. Quizá obtengamos una nueva onda. O quizá Rip se despierte.

Irene me entregó una gruesa carpeta de plástico.

—En este dossier encontrarás todo lo que necesitas saber. Vete al hotel y échale un vistazo. Mañana hablaremos.

Pensé en decir algo. Pero me limité a suspirar y asentir.

Antes de abandonar el hospital dirigí una última mirada al Hombre Dormido.

Su expresión era plácida y serena.

* * *

El Viajero llevaba mucho tiempo caminando, aunque «tiempo» era una palabra con poco significado en aquel lugar. Al principio, su deambular fue errático, y el Viajero se limitó a explorar nuevos territorios. Así descubrió los pantanos de la desesperación, y las selvas del deseo, y los oscuros valles del odio, y las praderas soleadas del recuerdo. Pero, luego, el Viajero convirtió el vagabundeo en peregrinaje e hizo de la búsqueda del Hombre Dormido su obsesión.

Por eso, cada vez que se cruzaba con alguien por el camino, cosa muy infrecuente en aquellos parajes solitarios, no dejaba de preguntar por el Hombre Dormido, obteniendo siempre la misma respuesta: búscalo en la ciudad de nieve y cristal.



La ciudad tenía mil nombres. Se llamaba Agartba, MO, Babel, Kôr, Helipolis, Lenké, Oz, Hiperborea, Inquanok, Amaurota, Shangrila, Sivapuram, Nova Solima, Opar...

La ciudad, según decían, era un lugar encantado, con enormes edificios de hielo y vidrio, estanques de rocío, jardines de plantas exóticas y templos de caoba y marfil.

Pero la ciudad estaba construida sobre el horizonte, y el horizonte es una línea inalcanzable. Esa era la razón de que nadie hubiera conseguido nunca alcanzar la ciudad.

Sin embargo, el Viajero pensaba que si el Hombre Dormido había logrado llegar hasta allí, ¿por qué no él?

Y por eso, el Viajero fijaba su vista en el resplandor que se distinguía a occidente y, día tras día, caminaba obstinado.

Pero el horizonte siempre le precedía.

* * *

El Laboratorio del Sueño se hallaba en las afueras de Hania, un pequeña población situada al oeste de Creta. Yo me hospedaba en el *Monastiri*, un extraño hotel edificado sobre las ruinas de un monasterio ortodoxo. El verano no había hecho más que comenzar, de modo que la isla todavía no había sido violada por las hordas de turistas que cada año acudían a sus costas. Desde la ventana de mi habitación podría contemplar el antiguo puerto, los edificios turcos y venecianos, la vieja mezquita ahora convertida, como un símbolo de los nuevos tiempos, en oficina de turismo...

Pasé las últimas horas de la tarde leyendo el dossier del proyecto Engrama. Al final del mismo había un anexo con las fichas de todo el personal del Centro. Comencé a hojearlas rápidamente, pero me detuve al ver en una de ellas la fotografía de Cezar Pallady.

Pallady, según decía aquel breve curriculum, había nacido en Bucarest hacía cuarenta y dos años. En mil novecientos cincuenta y nueve su familia, huyendo de la dictadura de Ceaucescu, se trasladó a París. En el sesenta y seis, Pallady ingresó en un seminario de la Compañía de Jesús. Durante la década de los sesenta se ordenó sacerdote y fue destinado a la misión jesuita de Gujrat, en el norte de la India, cerca de la frontera con el Nepal. En mil novecientos ochenta y uno abandonó la orden y el sacerdocio para dedicarse al estudio de la espiritualidad oriental. Había publicado un buen montón de libros sobre historia de las religiones, tema en el que estaba considerado un experto, y era profesor de antropología en la universidad de Delhi. Estaba casado (con una hindú) y tenía tres hijos. Una pequeña



nota final revelaba que Pallady había cursado estudios de Antropología y Filosofía en la Sorbona... ¡Y de Física Nuclear en la Politécnica de París! No cabía duda de que aquel yogui rumano era un curioso personaje.

Me acosté pronto; pero, aunque estaba agotado por el viaje, tardé en dormirme. En la oscuridad de mi habitación, con los ojos abiertos y la cabeza llena de recuerdos indeseados, escuchaba el ronroneo tentador del minibar, como un canto de sirena que dijese: «ven a mí, porque yo te confortaré con el preciado don de la inconsciencia». Pero, ¡ay!, le había prometido a Irene que me mantendría alejado del alcohol, de modo que apreté los dientes y cerré los ojos, intentando no pensar en nada, buscando borrar de mi mente la imagen del cadáver de mi hijo Samuel.

Me quedé dormido sin darme cuenta, y al poco tuve un sueño muy extraño: estaba en una biblioteca inmensa, atestada de libros antiguos, sentado en un sillón de terciopelo frente a una gran puerta de madera negra labrada. Junto a ella se encontraba el Hombre Dormido. Pero ya no dormía; por el contrario, estaba de pie, mirándome intensamente. Yo quería levantarme, pero no podía moverme. El Hombre Dormido alzó una mano y, señalando hacia la puerta, comenzó a negar con la cabeza.

Ignoro la razón, pero en mi sueño aquella silenciosa negativa bastó para aterrorizarme.

* * *

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, volvía al Centro. Hablé con Irene y le dije que aceptaba el trabajo: en la medida de mi capacidad, intentaría dictaminar sobre el estado físico de Rip. Irene sonrió con cierta ironía; desde el principio sabía que en cuanto yo viera al Hombre Dormido aceptaría.

De modo que fui al hospital, me puse una bata y comencé a estudiar los análisis y pruebas que se le habían realizado a Rip. Se trataba de un buen montón de informes, y aquello me llevó casi dos días. Luego hice una lista con todo lo que necesitaba: equipo especial, nuevos análisis, tomografías, *scanners*... Irene me informó de que el material técnico vendría de Alemania y que la analítica se realizaría en un laboratorio de Atenas. Eso retrasaría todo una semana, por lo menos. Fruncí el ceño y le pregunté a mi amiga cuál había sido la razón de instalar el Centro en un lugar con tan poca infraestructura como Creta.

—Aquí los secretos son fáciles de guardar, Juan —se respondió Irene, un tanto enigmáticamente—. Aquí nadie meterá las narices en nuestros asuntos.



Durante los siguientes días no hice prácticamente nada. Sin el equipo adecuado tenía que limitarme a observar la monitorización del Hombre Dormido. Cuando me hartaba de contemplar el vaivén de las agujas y la monotonía de los gráficos, me iba a dar un paseo por el Laboratorio del Sueño. Allí observaba los experimentos que se llevaban a cabo (entre ellos, una nueva experiencia con Cezar Pallady).

En cierta ocasión, Kurt me enseñó orgulloso su máquina. El Excitador de Engrama Bioeléctrico parecía un sillón de dentista al que le hubieran adosado un inmenso secador de pelo. La verdad es que su aspecto era un tanto ridículo, como el de esos cómicos artefactos que aparecen en las viejas películas de ciencia ficción.

Fueron días tranquilos. Lo malo es que la inactividad me llevó a estar a solas conmigo mismo y eso hizo que los fantasmas retornaran sigilosos. Una noche me despertaron mis propios gritos, y me encontré sentado en la cama, cubierto de sudor, temblando en la oscuridad y llorando sin consuelo, como un niño con el corazón roto de dolor.

La pesadilla siempre era la misma: me veía en la UVI del hospital, con una bata verde y la cara cubierta por una mascarilla quirúrgica, contemplando el rostro demacrado de Samuel. Me acercaba a él, para sentir, quizá por última vez, la tibieza de su piel, el regalo de su aliento. Y entonces veía horrorizado cómo los rasgos de mi hijo se crispaban, cómo su ojos me dirigían una mirada blanca, sin pupilas, y cómo su pequeño cuerpo se deslizaba exánime hacia la muerte. Y entonces contemplaba al médico coger alarmado el desfibrilador y aplicarlo al pecho exiguo del niño. Y notaba que una enfermera me agarraba por los brazos e intentaba hacerme salir. Y veía cómo el cuerpo de mi hijo, sacudido por las descargas eléctricas que pretendían volver a hacer andar su corazón, se agitaba igual que un títere en manos de un borracho.

Y entonces me despertaba destrozado, porque aquello no era una pesadilla, sino el minucioso recuerdo de lo que en realidad ocurrió. En realidad, la auténtica pesadilla comenzaba al abrir los ojos y comprender que aquel mal sueño era cierto, que ya nunca más volvería a ver a mi hijo.

Esa noche me bebí, uno a uno, todos los botellines de alcohol que había en el minibar. Pero ni siquiera así logré conciliar el sueño.

Al día siguiente llegué tarde a la clínica. Daba igual, porque el nuevo equipo seguía sin aparecer. De modo que le hice un rápido reconocimiento al Hombre Dormido, comprobé que seguía tan saludable como siempre, y fui a deambular un rato por las instalaciones. A media tarde, cansado de perder el tiempo, abandoné el Centro y me dirigí a la ciudad. Estuve unas horas paseando por las viejas callejas del barrio veneciano.



Certamen Alberto Magno

Cuando se puso el sol volví a mi habitación, pero la soledad absoluta de aquellas cuatro paredes me empujó a salir de nuevo. Bajé al bar del hotel y tomé asiento en la terraza. Acababan de servirme el primer whisky de la noche cuando alguien, con voz grave y pausada, se dirigió a mí:

—¿Doctor Varnigal? No nos han presentado, pero ambos estamos colaborando en el mismo trabajo.

Era Cezar Pallady. Nos estrechamos las manos y le invité a sentarse a mi lado. Según me dijo, se alojaba también en el hotel *Monasteri*, y hacía días que deseaba hablar conmigo. Nos interrumpió el camarero: Pallady pidió agua mineral. Por un instante contemplé mi vaso de whisky y me sentí como un depravado.

—Doctor Varnigal —Pallady se inclinó hacia delante—: se trata de ese hombre al que llaman Rip. Según tengo entendido, hace años usted conoció un caso similar...

Asentí. ¿Cuántas veces había contado esa historia?

—Fue en Colombia. Yo estaba trabajando en el pueblo de Bucaramanga con un grupo de la OMS. Un día vino a vernos una mujer: su hija dormía constantemente y no había forma de despertarla —suspiré—. María Candelaria Suárez: tenía quince años y era una muchacha preciosa —levanté el vaso en un amago de brindis—. Pero ella —añadí—, a diferencia del Hombre Dormido, se despertaba durante unos minutos, cada tres o cuatro días.

—Y no era narcolepsia.

—No —me encogía de hombros— Jamás descubrimos la causa de su mal. Un día su madre se la llevó y nunca más supe de ella.

Pallady bajo la mirada y permaneció unos instantes pensativo.

—He leído el estudio que usted escribió sobre ese caso, doctor —sus ojos azules me escrutaron de nuevo—. Y he tenido la impresión de que no lo cuenta todo. Como si algo en aquella niña le hubiera sorprendido, pero no se atreviese a hablar de ello.

Apuré el whisky de un trago y miré fijamente al rumano. De pronto presentí que quizá Cezar Pallady fuese la única persona del mundo capaz de comprender lo que vi en aquella niña.

—No podía entender su sonrisa —dije con voz neutra—. Cuando María Candelaria despertaba, durante unos pocos minutos, hablaba con ella. Lo cierto es que no estaba del todo despierta: se encontraba en un estadio intermedio, una especie de duermevela. Pero cuando hablábamos yo notaba que... —tragué saliva—, que aquella niña era feliz. ¿Entiende? Había una extraña sonrisa en sus labios, como si supiese algo que los demás ignoráramos y ese conocimiento la llenara de alegría —suspiré—. A



veces creo que María Candelaria no quería despertarse. Que prefería dormir siempre, porque así era dichosa.

Pallady sonrió y asintió complacido, como si aquella fuera la respuesta que estaba esperando. Le hice señas a un camarero para que me trajera otra copa.

—He sabido que su hijo murió hace poco —dijo de repente Pallady—. Es una gran desgracia. ¿Cómo ocurrió?

Encajé la mandíbula. El rumano tenía una rara habilidad para formular las preguntas más crudas con la inocencia de un niño.

—Mi hijo padecía leucemia —murmuré—. Murió hace nueve meses, cuando le faltaban unos días para cumplir ocho años —bebí un trago de whisky—. Pero, si no le importa, preferiría no hablar de eso.

—He sido indiscreto —se disculpó Pallady—. Lo siento.

Permanecemos callados unos minutos.

—El otro día le vi en el Laboratorio del Sueño —dije, más que otra cosa para romper el silencio—. ¿Cómo consigue provocar ese fenómeno, la onda R, en su cerebro?

—Hasta que el profesor Tsatsos me lo dijo, no sabía que pasara nada raro en mi cerebro —Pallady bebió un sorbo de agua—. ¿Sabe algo de yoga? —negué con la cabeza. El rumano prosiguió—: la experiencia que realizo en el laboratorio se llama «persistencia de la conciencia». Mediante las técnicas del tantra-yoga y el ejercicio del *pranayama*, o control de la respiración, alcanzo el estado *samadhi* y recorro los tres niveles del sueño, *tajjasa*, *prajana* y *turiya*. De este modo consigo pasar del estado *vaisvanara*, de vigilia, al estado de sueño sin perder la lucidez mental. Luego voy descendiendo cada vez más profundamente en el mundo onírico, hasta alcanzar el estado cataléptico. Ese puede parecer el último nivel: un lugar oscuro en lo más hondo de mi mente. El final de la línea, por así decirlo. Pero entonces me fuerzo a ir más lejos, intento descender aún más empujando las tinieblas —Pallady dudó unos segundos, buscando el modo de describir lo indescriptible—. Es como si una gran tela negra me cubriera por completo. Intento avanzar, pero la tela es elástica y sólo logro que ceda un poco. En ese momento concentro todo mi *prana*, toda mi energía, en un punto fijo de la oscuridad. Hago que mi ser graveite sobre ese punto. Y entonces las tinieblas se rasgan levemente, traspasadas por una luz muy intensa, cegadora. Ahí es cuando, al parecer, una zona dormida de mi cerebro entra en actividad y hace acto de presencia el efecto *Rätsel* —Pallady se encogió de hombros: parecía entristecido—. Desgraciadamente no puedo encarar mucho tiempo esa luz. Es demasiado intensa. A los dos o tres segun-



dos tengo que cerrar los ojos de mi mente. Y entonces pierdo el control y todo se esfuma.

Bebí un sorbo de whisky. Aquello me sonaba a jerga mística sin significado alguno. Palabrería, superstición, bobadas. Aunque, para ser justo, tenía que admitir que Pallady ejercía sobre su organismo y su mente un control que sobrepasaba con mucho los límites aceptados por la ciencia. Era una especie de atleta metafísico.

—¿Por qué lo hace? —pregunté, genuinamente interesado—. Usted era sacerdote, un misionero jesuita. Y un buen día decidió abandonarlo todo, cambiar completamente de vida. ¿Por qué?

Los ojos de Pallady chispearon divertidos.

—No dejé la Compañía de Jesús: ellos me expulsaron. Por aquel entonces yo era muy joven. Llegué a la India y encontré toda la pobreza y dolor del mundo. Pero también un tesoro de espiritualidad. A medida que me daba cuenta de que mi simple esfuerzo no bastaba ni tan siquiera para aliviar un poco de la miseria humana que me rodeaba, me fui volcando más en los aspectos espirituales de aquella cultura antiquísima, y sin embargo tan nueva para mí. Me reunía con maestros e iniciados, vestía como ellos, aprendía de ellos. Mis superiores se alarmaron: «Arrepiéntete, Cezar. Estás comportándote como un pagano», dijeron. Y yo contesté: «¿Por qué? ¿Acaso Dios es tan pequeño que sólo existe un sendero para llegar a él? Dejadme recorrer mi propio camino». Pero la Iglesia quiere soldados, no francotiradores. Los jerarcas religiosos se ponen muy nerviosos con los místicos. Son independientes e impredecibles. Y difíciles de controlar: al menor descuido se convierten en herejes. De modo que me echaron.

—Así que esa es la razón. La búsqueda de Dios.

—Quizá al principio; luego ya no. Buscar a Dios es como jugar al escondite con alguien que ni siquiera sabes si está ahí. No, no es la divinidad el objeto de mi búsqueda —Pallady reflexionó unos instantes—. Los monjes *bon-po* del Tibet hablan de un país llamado Shambhala, un misterioso lugar del que dimana toda la fuerza espiritual del planeta y donde residen los Grandes Iniciados. El problema es que Shambhala no resulta fácil de encontrar. Algunos dicen que se halla en el centro del desierto Takla Maklan, en China. Otros afirman que se ubica en un valle perdido de los Himalayas, o al final de la ruta santa del Bhadrinat, o en una inmensa gruta del altiplano mongol. Pero los *bon-po* creen que, en realidad, Shambhala no se encuentra en el espacio físico normal, sino en un territorio sutil que no puede ser percibido por los sentidos. Un lugar inaccesible, salvo... —Pallady pareció vacilar—. Salvo por el hecho de que, oca-



sionalmente, se abren puertas que permiten el acceso. Aunque, por lo visto, esas puertas no son fáciles de reconocer —suspiró—. En definitiva, eso es lo que busco: una puerta que conduzca a Shambhala.

—¿Y usted cree en eso? —pregunté escéptico.

Pallady sonrió con resignación, como si estuviese acostumbrado a que sus palabras fueran acogidas con incredulidad.

—Muchas veces rechazamos ideas, no por los conceptos que contienen, sino a causa de los términos en que están expresadas. Los textos *Tao* chinos describieron, hace cientos de años, el comportamiento cuántico y relativista del universo. No obstante, usted los consideraría literatura mística. El Engrama Bioeléctrico del que habla el profesor Tsatsos, ¿en qué se diferencia del aura? O la zona *Rätsel* del cerebro, que coincide con la glándula pineal, a la que los antiguos llamaban «la casa del alma» —se encogió de hombros—. En contestación a su pregunta: no, no creo que Shambhala tenga una existencia objetiva y palpable. Pero sí creo que dentro de nosotros existe un Shambhala, y que es nuestro deber recorrer el camino que conduce a él.

—Y piensa que la máquina de Kurt, el Excitador de Engrama, puede ser un medio para llegar a ese mágico país, ¿no? —el ceño repentinamente fruncido del rumano me indicó que había dado en el clavo. De modo que añadí—: pero eso es hacer trampa. Supongo que la perfección, la santidad, o lo que sea, sólo pueden conseguirse a través del esfuerzo. ¿O hay atajos para Shambhala?

—A veces —murmuró Pallady, súbitamente abstraído—, no es posible disponer del tiempo necesario para realizar adecuadamente el peregrinaje —se puso en pie—. Ahora debo retirarme, doctor Varnigal. Ha sido muy agradable charlar con usted. Buenas noches.

Mientras observaba como Pallady desaparecía dentro del hotel, me pregunté si no me habría mostrado descortés con él. Cezar Pallady parecía una buena persona y no pretendía incomodarle.

Apuré mi copa y pedí un nuevo whisky. Tenía que darme prisa si quería emborracharme antes de que me cerraran el bar.

* * *

Al día siguiente descubrí, para mi satisfacción, que el equipo por fin había llegado y lo estaban instalando en la clínica. Esa misma tarde comencé a explorar en profundidad el estado físico del Hombre Dormido. Tomografía cerebral, resonancia magnética, termografía... Acogí con agradecimiento la reanudación del trabajo, pensando que de ese modo logra-



ría ahuyentar a los fantasmas. Pero no fue así. Cada noche, como un torturador escrupuloso, volvía a visitarme el mismo sueño devastador, la misma pesadilla. Cada noche veía retorcerse el cuerpo muerto de Samuel, crispado por la electricidad del desfibrilador. Cada noche me despertaba roto de dolor. Y cada noche recurría a la burda anestesia del alcohol, buscando, sino el alivio, al menos la insensibilidad.

Tardé casi diez días en completar todas las pruebas. Durante ese tiempo, Cezar Pallady me visitó frecuentemente. A veces venía acompañado por Katy Austen, la tímida neurofisióloga americana. Era tan evidente la admiración que Katy sentía por Pallady, que empecé a entretener en ellos una relación que excedía lo simplemente amistoso. No obstante, el rumano acostumbraba a venir solo. Entonces se quedaba largo rato en silencio, observando al Hombre Dormido. Ignoro lo que veía en él, pero de algún modo parecía obsesionarle. En ocasiones me hacía preguntas sobre María Candelaria, intentando arrancarme cada recuerdo, cada detalle; como si quisiera encontrarse con aquella niña colombiana a través de mi memoria.

Durante la segunda semana de julio, Pallady tuvo que trasladarse a Heraklion para someterse a un reconocimiento médico completo. El doctor Tsatsos había fijado ya la fecha en que se usaría el Excitador de Engrama para amplificar el efecto *Rätsel* en el cerebro de Pallady, y quería asegurarse de que éste se encontraba en perfectas condiciones.

Al cabo de uno días, cuando volví a verle, encontré a Pallady particularmente silencioso. Parecía preocupado, pero cuando le pregunté, se limitó a sonreír y a decirme que se encontraba perfectamente.

Quizá aquella fue la única mentira que aquel hombre dijera en toda su vida. Poco después supe la verdad.

Una mañana, al llegar al hospital, encontré una nota de Irene pidiéndome que, en cuanto me fuera posible, acudiera al despacho de Tsatsos. Eso hice, y allí les encontré esperándome, serios y circunspectos, como si alguna catástrofe se hubiese abatido sobre el Centro.

—¿Qué ocurre? —pregunté alarmado.

—Ha surgido un serio inconveniente —dijo Irene—: no podemos usar el Excitador de Engrama con Cezar Pallady.

—¿Por qué?

—Anoche llegaron los resultados de su examen médico —repuso el profesor Tsatsos—. El señor Pallady padece la *Enfermedad de Hodgkin* en un grado muy desarrollado. Sólo le quedan unos meses de vida.

Me estremecí. La *Enfermedad de Hodgkin*, o linfosarcoma, es una de las formas más graves de cáncer. No hay curación; es mortal.



—¿Pallady lo sabía?

—Sí. Al parecer, durante unos meses siguió un tratamiento de isótopos en París, aunque luego lo dejó —Irene chasqueó la lengua—. Pero no nos dijo nada. Ignorábamos que estuviese enfermo.

—El caso —dijo Tsatsos—, es que no podemos arriesgarnos a trabajar con Pallady. No en su estado. Y buscar ahora otro yogui capaz de autoprovocar actividad R en su cerebro... bueno, eso retrasaría inaceptablemente el proyecto. Por tanto, sólo nos queda recurrir al Hombre Dormido.

—Juan —intervino Irene—, necesitamos saber si Rip está en condiciones de experimentar los efectos del Excitador de Engrama.

Me agité, confuso, sobre la silla. La noticia de la enfermedad de Pallady me había afectado. Quizá demasiado para tratarse de alguien casi desconocido para mí.

—Todavía no he concluido las pruebas —sacudí la cabeza—. Sigo ignorando lo que le sucede al Hombre Dormido. Y tampoco sé lo que pasaría si se expusiese a los campos magnéticos generados por esa máquina...

—El Excitador de Engrama usa potenciales muy bajos —me interrumpió Tsatsos—. Rip recibirá mucha menos radiación que si estuviera frente a un televisor.

Era cierto. Pero la máquina de Kurt no trabajaba directamente sobre el cuerpo, sino sobre los campos bioeléctricos generados por el sistema nervioso, y eso lo situaba todo en un lugar un tanto espectral. En el peor de los casos, ¿el Excitador era inofensivo? Quién sabe...

—Juan —dijo Irene—: ¿cuál es el estado físico de Rip?

—Se encuentra bien —me vi obligado a reconocer—. Incluso demasiado bien. Pese a llevar diez años en la cama, es una de las personas más sanas que he visto.

Irene asintió en silencio. Meditó unos segundos.

—Hoy es martes —dijo—. Si para el fin de semana no has encontrado en Rip nada que impida llevar a cabo la experiencia, el próximo lunes usaremos con él el Excitador de Engrama. ¿De acuerdo?

Irene me miró con una expresión entre severa y preocupada, que en realidad quería decir: «Esto es serio, Juan. Confío en ti».

De modo que vacilé un instante y luego asentí. ¿Qué más podía hacer?

Aquella noche, en la terraza del hotel, mientras desgranaba la primera cuenta de mi particular rosario alcohólico, vino a verme Cezar Pallady. No supe que decirle: me quedé mirándole confuso, consiguiendo apenas



balbucear un torpe saludo. Pero el rumano pasó por alto mi turbación. El apretón de su mano vino acompañado de una cálida sonrisa.

—Sólo quiero despedirme, doctor Varnigal. Mañana por la tarde volaré a Atenas, y de allí a Delhi. Pronto estaré con mi familia —Pallady parecía feliz y satisfecho—. También quería darle una cosa, doctor —sacó algo de su bolsillo y me lo mostró: era una vieja moneda de su país—. Verá, cuando escapamos de Rumanía tenía nueve años. Mientras huíamos hacia la frontera yo estaba muy nervioso. Para tranquilizarme, mi padre me dio esta moneda de diez *leus* y me dijo que podría comprarme lo que quisiera. Recuerdo que durante todo el viaje me aferraba a la moneda y no paraba de pensar en lo que podría adquirir con ella —sonrió—. Pero nunca la usé. No compré nada, porque si lo hubiera hecho me habría quedado sin la moneda, y al perder ésta también hubiera perdido la ilusión. De modo que se convirtió en una especie de talismán para mí —sus rasgos adquirieron una repentina seriedad—. Tengo la impresión, doctor, de que es usted un hombre muy atormentado. Quizá necesite de esta moneda más que yo —depositó el disco metálico sobre el mármol de la mesa—. Espero que le proporcione al menos la misma tranquilidad que a mí me brindó hace tantos años —respiró profundamente—. No le entretengo más, doctor —nos despedimos con un apretón de manos. Antes de irse, Pallady añadió—: recuerde la magia de la moneda, doctor Varnigal. No la malgaste.

El rumano se alejó. Antes de entrar en el hotel elevó la mirada al cielo estrellado y contempló la luna durante unos segundos. Había alegría en sus ojos cuando, finalmente, entró en el edificio.

Di un trago de whisky y observé la moneda que descansaba sobre la mesa. Era de plata. Estaba fechada en 1931 y mostraba el perfil hierático del rey Carlos II de Rumanía. Tendí la mano para cogerla y... supongo que fue mi imaginación, pero justo en el momento en que mis dedos tocaron la moneda sentí algo así como una suave corriente eléctrica y noté una extraña relajación, un dulce dejarse ir, como cuando estamos a punto de adormecernos y el cuerpo parece mecerse en un mar calmado.

No bebí más. Subí a la habitación y, para mi sorpresa, me dormí enseguida. Quizá se debiera a que en mi mano cerrada, muy prieta, mantenía sujeta la moneda de Pallady. ¿Superstición? Es posible; pero aquella noche no vi morir a mi hijo Samuel. Las pesadillas habían cesado.

Y sin embargo, soñé de nuevo con el Hombre Dormido: yo estaba de nuevo en la vieja biblioteca, esta vez junto a la puerta de madera labrada. El Hombre Dormido se encontraba a mi lado. Negaba resignado



con la cabeza y me decía: «Te lo advertí, Juan. Pero tú te has empeñado en cruzar el portal». Y entonces yo llevaba la mano al pomo de bronce (que estaba muy caliente), y comenzaba a abrir la puerta, y por la rendija se filtraba un resplandor sobrenatural...

No recuerdo como terminaba el sueño, pero sí sé que lo que se ocultaba detrás de aquella puerta, fuera lo que fuese, me produjo una gran inquietud.

* * *

Cierto día, el Viajero llegó a un lugar llamado Lascivia. Se trataba de un inmenso jardín renacentista, con temples griegos (dedicados a Priapo y Afrodita, a Eros y Narciso), y ocultos pabellones que permitían saciar con discreción el ansia de amor.

Aunque, a decir verdad, quienes moraban en Lascivia no eran nada discretos: los hombres estaban dotados de inmensos falos siempre en erección; las mujeres, por su parte, tenían grandes pechos y amplias caderas. Y todos, hombres y mujeres, vivían desnudos, entregados tenazmente a las prácticas sexuales más variadas.

De hecho, mientras cruzaba Lascivia, el Viajero fue acosado por una multitud excitada que pretendía hacerle partícipe de sus juegos eróticos. Así que se vio forzado a un constante rechazo de las proposiciones más delirantes que imaginarse puedan. Y sin embargo, mientras el Viajero rebusaba caricias y abrazos, no dejaba de preguntar: «¿Alguien sabe cómo puedo encontrar al Hombre Dormido?». Pero en respuesta sólo obtenía palabras procaces e invitaciones libidinosas.

Finalmente, cuando estaba a punto de abandonar Lascivia, alguien se cruzó en su camino. Era una hermosa mujer de pechos inconcebibles.

—¿Eres tú el viajero que busca al Hombre Dormido?

—Sí.

—Pues alguien te busca a ti.

—¿Alguien me busca...? ¿Quién?

—Una muchacha, ignora su nombre —la mujer comenzó a frotarse los pezones—. Yo antes vivía en Virtud, pero era un latazo. Así que decidí trasladarme a Lascivia. Por el camino pasé por un lugar llamado el Desierto de la Luna. Allí encontré a una chica que me preguntó por ti. Eso es todo. ¿Quieres que follemos?

—No, gracias —rebusó el Viajero—. Otro día.

Mientras dejaba atrás Lascivia, el Viajero se preguntaba quién podría ser la muchacha que le andaba buscando. Al llegar a la primera bifurcación del sendero, se detuvo. Como siempre, la ciudad resplandecía lejana hacia el oeste. Pero el Viajero sabía que el camino que se iniciaba a su izquierda, hacia el sur, conducía al Desierto de la Luna. Dudó unos instantes. Luego suspiró.



«En fin» pensó, «la ciudad ha existido siempre y continuará existiendo mientras exista el horizonte. Puedo dar un rodeo, no hay prisa».

Y, con paso decidido, tomó el camino del sur, hacia el Desierto de la Luna.

* * *

Al día siguiente encontré al Centro de Investigaciones del Sueño sumido en la confusión y el abatimiento. Una de las enfermeras me contó que Cezar Pallady había sufrido un accidente y le habían trasladado con urgencia al hospital de Heraklion. Corrí en busca de Irene. La hallé en su despacho; tenía el rostro contraído por la preocupación y el enfado.

—Cezar Pallady —dijo con voz tensa—. Ese loco entró anoche en el laboratorio y usó consigo mismo el Excitador de Engrama.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Sufrió un colapso. Le encontraron esta mañana inconsciente en el laboratorio. Constatin lo ha llevado al hospital.

—Dios... —murmuré—. Notaba el loco tamborileo de mi corazón en el pecho—. ¿No decíais que Excitador era inofensivo...?

—¡Por favor, Juan! —estalló Irene—. ¡No me vengas ahora con más problemas! —respiró hondo—. Perdóname... En cualquier caso, recuerda que ese hombre estaba enfermo. El Excitador de Engrana no tiene por que haber sido la causa de... —sacudió la cabeza—. Escucha: Pallady entró a hurtadillas en el Centro, forzó un par de puertas, se puso nervioso, su corazón se aceleró y sufrió un colapso. Eso es todo.

Cerré los ojos y me froté las sienes. ¿Pallady poniéndose nervioso? ¿Pallady el yogui descontrolando su corazón? Irene no podía estar hablando en serio. Sentí que un gran cansancio se apoderaba de mí.

—¿Cómo se encuentra? —pregunté con un murmullo.

—Lo ignoro. Constantin me llamará en cuanto sepa algo —Irene se incorporó y logró componer una sonrisa—. Anda, Juan, sé bueno y vuelve al trabajo. Te mantendré informado, ¿de acuerdo?

Asentí y volví a la clínica. Pasé todo el día ocupado con el análisis informático de las últimas pruebas realizadas al Hombre Dormido. Me sentía anímicamente agotado, exhausto. A última hora Irene me comunicó que Pallady estaba fuera de peligro, aunque todavía permanecía inconsciente. No era posible visitarle. Pero Kathy Austen había insistido en quedarse en el hospital. Ella nos tendría al tanto de cualquier eventualidad.

Los días siguientes transcurrieron de forma vaga, como diapositivas proyectadas contra una pared, sin dejar más rastro de su paso que una



huella imprecisa en la memoria. A decir verdad, estaba deseando acabar con aquel asunto de una vez por todas. Quería volver a Madrid y olvidarme de todo. Aunque lo cierto es que tampoco esperaba nada del futuro. Me sentía vacío. Cansado.

El viernes por la tarde se presentaron en la clínica Irene y el profesor Tsatsos.

—¿Y bien, doctor Varnigal? —dijo Tsatsos, dedicándome su más severa expresión—. ¿Concluyeron las pruebas? ¿Tiene algún dictamen que ofrecernos?

—¿Un dictamen...? —qué pretenciosa palabra. No puede evitar sonreír—. No, no tengo ningún dictamen. Nuestro amigo Rip goza de una salud de hierro. ¿Por qué duerme constantemente? —me encogí de hombros—. No tengo ni la menor idea. Probablemente esa extraña actividad en su cerebro, el efecto *Rätsel*, tenga que ver con su estado. Pero desconozco cuál es la relación.

—Escucha, Juan —intervino Irene. Percibí la ansiedad agazapándose tras los ojos de mi amiga:— ¿Rip está en condiciones de someterse al Excitador de Engrama?

—Santo cielo, Irene, ¿y yo qué sé? En realidad ignoro cómo funciona esa máquina. Y también ignoro la naturaleza de sus efectos —de nuevo me encogí de hombros—. Por lo que sé, podéis usar esa máquina en Rip tanto como en cualquier otra persona sana. No puedo deciros más.

El profesor Tsatsos asintió gravemente.

—En tal caso, a mediodía del lunes se procederá al traslado de Rip al Laboratorio del Sueño. A las ocho de la tarde usaremos el Excitador para amplificar el efecto *Rätsel* en su cerebro.

Tsatsos se despidió con una inclinación de cabeza y abandonó la clínica. Irene se acercó y me besó en la mejilla.

—Gracias por colaborar —dijo—. Sabía que podría confiar en ti.

Algo en su agradecimiento dejaba en mi boca un regusto amargo. De modo que la sujeté suavemente por los brazos y pregunté:

—¿Estás segura de saber lo que haces?

—Completamente segura —Irene sonrió y, como una madre orgullosa, me acarició el pelo. Luego añadió—: no te preocupes, Juan. Todo está bajo control.

* * *

Pasé el fin de semana en Frango Castello, un solitario pueblo situado al sur de la isla. Jugué a ser uno más de los ya numerosos turistas que



Certamen Alberto Magno

acudían a Creta. Me tumbé en la playa de arena fina y dorada, comí *psarósupa* y *musaka* en el restaurante local, bebí *retsina* y *ouzo* mientras escuchaba prehistóricas canciones de Mikis Theodorakis en el viejo tocadiscos de la taberna, al pie de la fortaleza veneciana. Quería evadirme, olvidar la muerte de Samuel, el fracaso de mi matrimonio, la inutilidad de mi trabajo, el sin sentido de mi vida. No deseaba pensar en Pallady, inconsciente en un hospital, ni en el Hombre Dormido, ni en el efecto *Rätsel*, ni en la máquina de Kurt.

Tenía ganas de encogerme, de hacerme un ovillo, y ocultarme debajo de una manta cálida y segura, como cuando era un niño y algo me asustaba. Sencillamente, quería estar tranquilo. Sólo eso, tranquilo...

No lo conseguí.

El lunes me presenté a primera hora en el Centro. Por lo visto, Tsatsos quería que el Hombre Dormido estuviera completamente monitorizado durante el experimento. Así que un pequeño ejército de técnicos y trabajadores estaban desmontando parte del equipo de la clínica para llevarlo al Laboratorio del Sueño. Pasé la mañana colaborando con ellos en lo que pude. Después de comer me dispuse a realizar un último reconocimiento al Hombre Dormido. Tomé su tensión, su temperatura y comprobé sus reflejos. Observé las curvas regulares de su electrocardiograma, la firmeza de sus constantes vitales, el ajeteo caótico de su actividad cerebral. Contemplé el misterioso trazado de la onda R, el enigma, el leviatán que el profesor Tsatsos perseguía como un nuevo y tecnológico capitán Acab. Me aproximé al Hombre Dormido y escruté su rostro estático.

«¿Quién eres?» pensé. «¿Por qué no deseas despertar? ¿En qué extraño lugar se ha extraviado tu mente?»

Me sobresaltó el ruido de la puerta al abrirse. Una enfermera asomó tímidamente la cabeza y me comunicó que tenía una llamada telefónica.

Era Kathy Austen desde el hospital. Dijo que Cezar Pallady se había recuperado del coma, que estaba consciente y quería hablar conmigo. Le contesté que en ese momento no podía dejar el trabajo, pero que por la noche iría al hospital.

—¡No doctor? —a través del auricular percibía su respiración agitada—. ¡Tiene que hablar con él! ¡Es muy importante! ¡Por favor, por favor, venga ahora mismo...!

Y comenzó a llorar. Respiré hondo y consulté el reloj: si me daba prisa podía estar de vuelta a las siete y media. Así que le dije a Kathy que se tranquilizara, que en ese mismo instante salía para allá.

Me quité la bata y le dije a la jefa de enfermeras que iba a estar fuera un par de horas y que fuesen preparando al Hombre Dormido para su



traslado al Laboratorio. Pedí prestado un coche en las oficinas del Centro, y partí a toda velocidad hacia Heraklion. Tres cuartos de hora más tarde cruzaba las puertas del Hospital General.

Kathy me estaba esperando en el pasillo, frente a la habitación que ocupaba Pallady. Tenía las mejillas pálidas, y las gafas apenas lograban ocultar sus ojos enrojecidos por el llanto.

—Gracias por venir, doctor —su voz era débil—. Cezar sigue despierto. Pero antes de que le vea tengo que advertirle de algo...

—Tranquila. Procuraré no excitarle.

—No, no es eso —Kathy dudó un segundo—. Es sobre el estado físico de Cezar... Su tumor a desaparecido. Ya no tiene cáncer.

—¿Qué? —parpadeé—. Eso es imposible...

—Lo sé. Pero han repetido la analítica dos veces, y no cabe la menor duda: el linfosarcoma ya no existe —su cara se iluminó—. Cezar no va a morir —respiró hondo—. Ahora hable con él, doctor. Le está aguardando.

Pallady se hallaba tumbado sobre una cromada cama de hospital. A su derecha, un frasco de suero se vertía lentamente, gota a gota, en el riego sanguíneo del rumano. A la izquierda, un silencioso monitor recogía sus constantes vitales. Me acerqué con sigilo. Pero debí de hacer algún ruido, porque Pallady abrió los ojos y me dirigió una frágil sonrisa.

—Buenas tardes, doctor Varnigal —su voz era débil—. Me alegro de verle; quería hablar con usted...

—¿Cómo se encuentra?

—Bien, bien... No; fatal. Pero sobreviviré; al parecer incluso más de lo que yo esperaba —cerró los ojos—. Kathy me ha dicho que Tsatsos piensa usar esta tarde el Excitador de Engrama con el Hombre Dormido. ¿Es así? —asentí. Pallady tragó saliva; luego me miró fijamente a los ojos—: tiene que impedirlo, doctor.

—No puedo hacerlo. No sin una buena razón.

—Hay razones... Pueden ocurrir cosas insospechadas —Pallady intentó buscar las palabras adecuadas—. Si se estimula el efecto *Rätsel* en el cerebro del Hombre Dormido los resultados serán... imprevisibles. Oh, por favor, amigo mío, ni yo mismo sé lo que puede ocurrir. Pero sea lo que sea, todo cambiará. Está en juego la realidad misma.

—Vamos, vamos. Ha pasado cinco días en coma. Su imaginación le está gastando una broma. No hay nada que temer, tranquilícese.

—Estoy tranquilo. No debería estarlo, pero lo estoy; ventajas de mi entrenamiento —me miró con tristeza e impotencia—. No es mi imaginación, doctor. Pero, ¿cómo hacérselo entender? —permaneció casi un



minuto en silencio, con los ojos cerrados. Cuando volvió a hablar su voz era neutra—: la meta de un yogui, aquello por lo que se esfuerza, es alcanzar el conocimiento; comprender, sin usar la razón, la naturaleza de las cosas. En definitiva, lo que todo yogui persigue es consumir una gran experiencia mística —suspiró—. Por desgracia, yo nunca lo he conseguido. Y cuando supe que sólo me quedaban unos meses de vida, supe también que ya nunca lo conseguiría. Por eso, en el momento en que el profesor Tsatsos me explicó la naturaleza del proyecto Engrama, acepté colaborar. Pensaba que quizá el Excitador pudiera estimular de algún modo mi espíritu, catalizar mi evolución, pero... Luego, al conocerse mis problemas de salud, fui apartado del proyecto. Me sentía como Moisés, contemplando la Tierra Prometida, pero sin poder entrar en ella. Esa es la razón que me llevó a introducirse como un ladrón en el Laboratorio del Sueño. Por eso usé conmigo mismo el Excitador de Engrama —Pallady se incorporó débilmente y cogió mi brazo—. Y estuve allí, doctor. Rasgué el velo y entré en Shambhala.

—Tiene que descansar, Cezar —le obligué con suavidad a recostarse de nuevo sobre la almohada—. Será mejor que me vaya.

—Por favor, doctor, escuche hasta el final —había tanta ansiedad en su voz que me vi obligado a asentir. Pallady respiró profundamente y prosiguió—: Shambhala no es una metáfora. Shambhala existe, aunque tampoco es un territorio, en el sentido en que concebimos esa palabra. No, ese lugar es algo así como un espacio onírico, una zona espectral que nos rodea, pero que no se mezcla con nuestro mundo. ¿Comprende, doctor? Y el efecto *Rätsel* es el camino a Shambhala. Pero entonces, ¿quién es el Hombre Dormido? Su mente sólo tiene actividad R. Porque el Hombre Dormido vive en Shambhala —Pallady tenía la boca seca; le ayudé a beber un sorbo de agua—. Pero Rip es algo más —continuó—. Creo que es una puerta a Shambhala. Y si se emplea el Excitador para intensificar en el Hombre Dormido el efecto *Rätsel*, la puerta se abrirá. Quizá demasiado, y entonces esa zona espectral se mezclará con nuestro mundo. Por eso es necesario impedir la experiencia de esta tarde. Porque la humanidad todavía no está preparada para Shambhala —dejó de hablar y me miró fijamente. Luego bajó los ojos y suspiró—. No me creé, doctor. De nuevo las palabras se convierten en obstáculos.

—Sí, Cezar; le creo —mentí—. Pero ahora debe descansar.

—Un momento. Déjeme contárselo de otra forma —meditó unos instantes—. ¿Conoce la teoría cuántica? ¿La *Interpretación de Copenhague*, el teorema de Bell, la hipótesis de Wigner...? —negué lentamente con la ca-



beza—. Entonces intentaré explicárselo: la teoría cuántica establece que, por lo menos a nivel subatómico, existe una relación causal entre el observador y los sucesos que observa. Es decir que, de alguna manera, el observador modifica la realidad. Pero algunos científicos, como Schrödinger o DeWitt, van más lejos y sugieren que la realidad misma no es algo definido, sino un estado fantasmal que sólo se vuelve concreto, en un sentido u otro, cuando es percibido por un observador. El observador hace posible la realidad, pero también puede alterarla. No obstante... —Pallady paseó la mirada por la habitación, como si quisiera atrapar las palabras en el aire—. No obstante, es posible que existan distintos niveles de percepción, estados de observación más elevados que otros. Quizá la actividad encefálica R, el efecto *Rättsel*, no sea más que el despertar de la conciencia a un estado superior de observación —se humedeció los labios con la lengua—. En tal caso, el Hombre Dormido sería algo así como un observador independiente, capaz de crear en su cerebro una realidad coherente, pero diametralmente distinta a la nuestra. Sólo en su mente, pero ¿qué ocurrirá si el Excitador de Engrama amplifica el estado de observación del Hombre Dormido? ¿Aumentará eso su capacidad de modificar la realidad? En tal caso, el Hombre Dormido extendería su versión del universo, su realidad, más allá de los límites de su mente. Su mundo onírico se impondría al nuestro, y el orden físico, la naturaleza misma del espacio-tiempo, quedarían trastocados. ¿Puede entender eso, doctor? Y si lo entiende, ¿puede aceptarlo?

Suspiré. De nuevo me sentía muy cansado.

—Cezar —dije—, aunque le entendiera, aunque le creyera, yo no puedo ir al Laboratorio del Sueño y decirles: «Eh, abandonadlo todo. Pallady y yo hemos estado especulando un rato y creemos que hay aspectos cuánticos, mágicos y místicos que no habéis considerado» —me encogí de hombros—. Aunque usted tuviera razón, necesitaría pruebas para demostrarlo.

Pallady recorrió con la mirada los blancos campos de algodón que eran sus sábanas. Unos segundos después, súbitamente, sus ojos se iluminaron.

—¡Pero existe esa prueba! —exclamó—. ¡El vídeo!

—¿Qué vídeo?

—Cuando usé el Excitador de Engrama en el Laboratorio del Sueño, puse en funcionamiento el sistema de televisión en circuito cerrado. Toda la experiencia está grabada —cogió mi mano con insospechada energía—. Vuelva al Centro, doctor, y vea esas cintas de vídeo. Si no observa en ellas nada anormal... de acuerdo, admitiré que todo ha sido



fruto de mi imaginación. Pero si contempla algo que no puede explicar... entonces, por favor doctor Varnigal, impida que lleven a cabo el experimento.

Bueno, aquello tenía cierta lógica.

—De acuerdo —acepté—. Haré lo que usted dice. Pero ahora descanse.

Pallady sonrió agradecido y cerró los ojos. Yo me dirigí hacia la puerta. Estaba a punto de abrirla cuando escuché de nuevo su voz.

—Tenía usted razón, doctor. No hay atajos para Shambhala. Yo crucé sus puertas sin merecerlo, y fui inmediatamente expulsado. Pero créame, durante el poco tiempo que pasé en ese lugar, percibí con toda claridad una presencia velada —hizo una pausa—. Estaba allí, doctor. El Hombre Dormido estaba allí...

* * *

Llegué al Centro a las siete y veinte. Durante todo el camino me había estado martilleando la misma pregunta: ¿Por qué Irene no me dijo que el «accidente» de Pallady estaba grabado en vídeo?

El Laboratorio del Sueño era un hervidero de actividad. Habían introducido el Excitador de Engrama dentro del *Gabinete de Morfeo* y ahora estaban acomodando al Hombre Dormido en el interior de la máquina. Kurt silbaba desafinadamente mientras comprobaba las lecturas de los indicadores. El profesor Tsatsos, rodeado de su habitual cohorte de colaboradores, se ocupaba de supervisar la monitorización, al tiempo que impartía órdenes en tono autoritario. Las pantallas de los televisores ofrecían la imagen multiplicada del Hombre Dormido.

Busqué con la mirada por entre el bullir de los técnicos y vi a Irene en el otro extremo del Laboratorio. Ella también me vio, enarcó una ceja y se aproximó con gesto adusto.

—Hacías falta aquí —dijo al llegar a mi altura—. Constantin quería que te ocuparas de vigilar la monitorización de Rip. ¿Dónde demonios te has metido?

—En Heraklion. Pallady ha salido del coma y deseaba hablar conmigo.

—¿Pallady está consciente? ¿Y habéis hablado...? —Irene se puso tensa, en estado de alerta—. ¿Qué te ha dicho?

Entonces supe a ciencia cierta que me estaba ocultando algo.

—Ha dicho que grabó en vídeo su experiencia con el Excitador.

—Está confundido —fingió una sonrisa—. No había ninguna cinta de vídeo.



Miré a Irene fijamente. Casi no la reconocía; aquella mujer manipuladora no podía ser la doctora honesta y luchadora que conocí en Sudamérica.

—No me mientas, por favor —mi voz era hielo—. Quiero ver ese vídeo.

Irene parpadeó y tragó saliva. Miró nerviosamente en rededor y luego se volvió hacia mí.

—Este no es lugar para hablar. Vamos a otro sitio.

Salimos del Laboratorio y nos dirigimos en silencio al pequeño edificio que albergaba a la zona administrativa del Centro. Entramos en el despacho de Irene. Yo permanecí de pie, ella se apoyó en el borde del escritorio.

—No sabes de que va todo esto, Juan —de nuevo Irene intentaba mostrarse maternal—. No comprendes la importancia de este proyecto.

—¿Ah, sí? Pues explícamelo. Pero antes, veamos ese vídeo.

—¡Basta ya! —ahora me brindaba su lado autoritario—. Ese vídeo es material confidencial perteneciente a la *Stütze Arzt*. De modo que olvidate de él.

Respiré profundamente un par de veces y conté mentalmente hasta diez. Cuando hablé, conseguí que mi voz sonara calmada.

—Escúchame bien, Irene, porque sólo te lo voy a decir una vez: si no consigo ver ese vídeo, comenzaré a hacer llamadas telefónicas. Todavía tengo amigos en la OMS, de modo que puedo montar un buen escándalo. Luego iré a los periódicos y echaré tanta mierda encima del Centro, que Auschwitz parecerá a vuestro lado un campamento de verano. Os acusaré de experimentar ilegalmente con seres humanos, de realizar prácticas médicas de riesgo y de atentar contra la deontología profesional. Eso para empezar.

Irene boqueó, como si intentara hablar, pero la voz le hubiera abandonado. Su rígida fachada se vino abajo. Dejó caer la mirada y, de pronto, por detrás del maquillaje y de la ropa impecable, se transparentó la mujer envejecida, cansada y vulnerable.

—Tú no puedes entenderlo, Juan —dijo con un murmullo—. El trabajo es mi vida. ¿Sabes lo que significa para mí este proyecto? La cumbre de mi carrera, la diferencia entre triunfar o no ser nada —me miró suplicante—. Te lo voy a contar, ¿de acuerdo? El Excitador de Engrama es algo más que un somnífero electrónico. ¡Esa máquina cura a la gente! ¿Entiendes? Sabíamos que el cerebro tiene la capacidad de sanar al cuerpo, pero ignorábamos cómo lo hacía. Nosotros lo hemos descubierto: se trate del efecto *Rätsel* en la zona pineal del cerebro. ¿Comprendes ahora



la importancia de este asunto y la necesidad de mantenerlo en secreto? Descubrimos que el Excitador estimulaba la zona sanadora del encéfalo y curaba instantáneamente ciertas enfermedades: gripe, alergias, estrés... ¿Te das cuenta de la magnitud de este hallazgo?

—Claro que me doy cuenta —asentí, cada vez más asqueado—. Tu preciosa máquina ha hecho que se esfumase el tumor de Pallady.

—¡Dios mío...! —sus ojos brillaron de asombro y júbilo—. ¿El Excitador puede curar el cáncer...?

—Maravilloso, ¿verdad? Ahora dáme ese vídeo.

—Juan, te lo ruego, fíate de mí.

La sujeté por los brazos y acerqué mi cara a la suya.

—Irene, entre nosotros hay una vieja amistad, ¿verdad? Confiamos el uno en el otro, nos respetamos. Por eso te lo pido como amigo, sin engaños ni amenazas: déjame ver esa grabación, por favor. Es importante.

Irene rehusó mis ojos. Encajó la mandíbula y durante largos segundos pareció debatirse en un intenso conflicto interior. Finalmente asintió y se dirigió a la pequeña caja fuerte que había detrás del escritorio. Marcó la combinación y abrió la puerta. Sacó una cinta VHS sin etiquetar. Mientras me la ofrecía sus labios estaban contraídos, apretados el uno contra el otro, convirtiendo su boca en una cicatriz pálida.

En el despacho había un equipo de vídeo. Introduje la cinta en el magnetoscopio y oprimí la tecla de puesta en marcha. El monitor crepitó al encenderse. La pantalla ganó la luminosidad hasta mostrar un plano general de Cezar Pallady tumbado en el interior del Excitador de Engrama. La máquina emitía un débil zumbido. Pallady permanecía inmóvil, con los ojos cerrados. De no ser por el parpadeo de los pilotos, hubiese parecido una escena congelada.

—El incidente se produce mucho después —dijo Irene con voz átona—. Adelanta la cinta hasta la posición tres mil ciento veinte.

Hice lo que me decía. La imagen de la pantalla no pareció sufrir cambio alguno. Transcurrieron unos segundos y...

... y, de pronto, observé como una luminiscencia fosforescente rodeaba a Pallady. Contuve el aliento. Pequeños glóbulos luminosos comenzaron a recorrer el cuerpo del rumano, bañándolo con un resplandor lechoso. El altavoz me trajo el sonido de un intenso zumbido eléctrico.

Súbitamente, Pallady se elevó por encima de la máquina y flotó en el aire, todavía dormido, con la piel centelleante de luz y...

... y entonces dejó de estar allí, se esfumó, desapareció igual que una gota de lluvia en el suelo seco del desierto.



Un escalofrío me recorrió la espalda mientras contemplaba aturdido la imagen del ahora solitario Excitador. Me aproximé al televisor y conté interiormente los segundos: ciento uno, ciento dos, ciento tres... Cuando llegué al ciento doce, un relámpago cegador llevó al blanco la pantalla. Luego la imagen recuperó la nitidez y mostró el cuerpo desmadejado de Cezar Pallady, inconsciente sobre la máquina prodigiosa de la *Stütz Arzt*.

—¡Dios mío...! ¿Qué es esto...? —murmuré.

—Todavía no lo entendemos completamente —dijo Irene con voz implorante—. Pero podemos controlarlo...

Me incorporé y la miré con ojos incrédulos.

—¿Que vosotros podéis controlar eso...? ¡Por favor! ¡No tenéis ni puñetera idea de las fuerzas que estáis desencadenando! Por amor de Dios, Irene: Pallady sólo podía provocar el efecto *Rätsel* durante unos segundos —señalé al vídeo—. ¡Y mira lo que pasó! Pero el Hombre Dormido es distinto, ¿no te das cuenta? Es el campeón mundial del efecto *Rätsel*, ¿y tú me dices que cuando se estimule la actividad R de su cerebro váis a poder controlar lo que ocurra? ¿Es eso lo que quieres hacerme creer?

Irene estaba al borde del llanto.

—Esto es... es muy importante... —musitó.

—Sí que lo es —asentí—. Por eso hay que impedir que el experimento siga adelante.

Consulté el reloj: eran las ocho en punto. Abandoné el despacho dando un portazo. Irene me siguió, suplicándome que no hiciera una locura, que confiara en ella, que no echara por los suelos su carrera. La ignoré. Salimos al exterior; el sol era una esfera naranja sobre el horizonte. Hacía calor. Me dirigí con paso vivo hacia el laboratorio. Ella corrió detrás de mí. Cuando estaba a punto de abrir la puerta, Irene me sujeto por el brazo.

—Juan, por favor, por favor, no intervengas!

Me desprendí de su mano y entré en el Laboratorio del Sueño.

Entonces Irene gritó, y yo contemplé aturdido su cara transida de terror, y miré el interior del laboratorio. Pero el laboratorio había dejado de existir.

Estábamos en un bosque de árboles secos y pelados. Era de noche. Había una inmensa luna llena en el cielo, pero oscuras nubes le velaban. El lejano y pausado tañido de una campana arrullaba el silencio sobrecolector de aquel lugar fantasmal.

Y entonces le vi.

Era el Hombre Dormido, levitando desnudo en el centro de un claro del bosque, los brazos en cruz y la cabeza yacente sobre el pecho, como



un «descendimiento» de van der Weyden. Los monitores de televisión flotaban en el aire, formando un círculo en torno a él. Cada pantalla mostraba un primer plano de su rostro apacible.

Busqué a Irene con la mirada, pero había desaparecido. Me pregunté dónde estaría. También me pregunté dónde podrían hallarse el profesor Tsatsos, Kurt y los demás técnicos. Pero, sobre todo, me pregunté en qué lugar alucinado me encontraba yo.

Un resplandor me cegó. El Hombre Dormido, desprendiendo luz como un arco voltaico, ascendió veloz por el aire y se perdió de vista unos instantes después. De pronto, el firmamente se convirtió en la desmesurada pantalla reticulada de un oscilógrafo, y una línea verde serpenteó como un látigo celestial, trazando el familiar perfil de la onda R.

Entonces llegó el viento. Era un huracán devastador, una galerna. Un feroz tornado que me impelía con violencia, amenazando con arrastrarse. Intenté en vano encontrar asidero. Caí al suelo y me golpeé la espalda contra un árbol. Rodé sobre sí mismo.

Noté algo frío en la mano y me aferré a ello. El viento se calmó instantáneamente.

Seguía siendo de noche, pero ya no estaba en el bosque. Me encontraba en un páramo desierto, bajo un cielo sin luna cuajado de estrellas. Miré lo que tenía en la mano: era la moneda rumana. La giré entre los dedos y me devolvió un guiño de plata.

—Hola, doctor —me di la vuelta y contemplé cómo un monitor de televisión flotaba frente a mí. En la pantalla podía verse el rostro apacible de Cezar Pallady. El rumano sonreía con tristeza—: por fin lo han hecho, ¿verdad? Estamos en Shambhala.

—No parece real —dije—. Es como un sueño.

—Sí. El reino de los sueños...

—¿Cómo podemos salir de aquí?

—No podemos. No hay ningún sitio donde ir. El mundo que tú conocías ya no existe. Ha sido sustituido por este.

—Pero antes me encontraba en un bosque, y ahora estamos en un desierto... es desconcertante.

—Tendrás que acostumbrarte. Shambhala es un calidoscopio.

—¿Y ahora? —respiré hondo. Debería estar aterrorizado, pero no era así; en realidad, me sentía más calmado que nunca—. ¿Qué se supone que debo hacer, Cezar?

—Shambhala no es un lugar, son millones de lugares —la pantalla del monitor se llenó de estática. El altavoz crepitó—. Seguro que hay un sitio para ti, doctor. Pero debes encontrar el camino.



Pallady me guiñó un ojo, y luego, con un eco perdido, su imagen de cristal se disolvió en la nada. El monitor se apagó. Me quedé solo en la aridez del páramo.

«Bueno», pensé tras un rato de reflexión. «Más vale que me ponga en marcha.»

Y comencé a andar.

* * *

El Desierto de la Luna era quizá el lugar más hermoso de Shambhala. Una inmensa extensión de dunas y rocas, eternamente bañadas por la luz planteada de una luna mágica.

La noche era perpetua en el desierto, una noche cálida y tranquila, llena de paz y misterio. Una noche que acogía en su seno a los espíritus cansados, a las almas alejadas del fragor de las pasiones. Una noche que brindaba el sereno retiro de la soledad.

El Viajero pasó muchos días recorriendo aquellos parajes. Los únicos seres que encontró a su paso fueron lagartos de lomo irisado. Cuando les preguntó por la muchacha, éstos le ignoraron e hicieron girar las esmeraldas de sus ojos con indiferencia.

Al cabo de un tiempo, el Viajero comenzó a cansarse de la esterilidad de su búsqueda. Aquél desierto, haciendo honor a su nombre, estaba vacío, no había en él ni el más mínimo rastro de vida humana. De modo que el Viajero decidió descansar un rato, reponer fuerzas y luego volver a tomar el camino del oeste, hacia la ciudad del horizonte.

Estaba preparando unas gachas de maná regadas con hidromiel, cuando distinguió a lo lejos el tenue resplandor de una hoguera. El Viajero se incorporó y oteó atento la oscuridad. El fuego ardía al pie de un elevado risco, a unos cuatro kilómetros de distancia. El Viajero recogió sus cosas y partió raudo hacia allí.

Un hora después, alcanzó la base de la montaña y se encontró en un lugar poblado de restos megalíticos. Menhires, dólmenes, crómlechs, piedras oscilantes sobre lasas gigantes, interminables alineamientos... sin duda era un paraje mágico, casi sagrado.

El Viajero avanzó unos metros y, tras un inmenso altar prehistórico, descubrió el lugar donde ardía la fogata que había visto en la distancia. Frente al fuego había una tienda de campaña azul y amarilla. El Viajero avanzó un par de pasos y tropezó con algo. Bajó la mirada y vio a sus pies dos ovoides moteados de escarlata.

—Son huevos de pegaso, doctor —dijo una voz junto a él.

El Viajero, que en otro tiempo y en otro lugar se había llamado Juan Varnigal, se dio la vuelta sobresaltado y contempló a la mujer que le había hablado. Era una joven morena, de ojos grandes, oscuros y almendrados, con labios carnosos siempre risueños. Había crecido mucho desde la última vez que la vio.



Certamen Alberto Magno

—María... —susurró Juan—. ¿Eres tú...?

María Candelaria Suárez asintió feliz y corrió a abrazarse al cuello del hombre.

—Has tardado mucho, doctor. Hacía años que te esperaba.

Se besaron y volvieron a abrazarse, lloraron de alegría y se cogieron de las manos, como dos colegiales alborozados. Luego tomaron asiento junto al fuego.

—Te has convertido en una leyenda, doctor —dijo María—. Un mito en el reino de los mitos. Eres el Viajero, el peregrino errante, el hombre que busca. ¿Por qué, doctor? ¿Qué persigues?

Juan se encoñó de hombros.

—Conocer el nombre del Hombre Dormido.

—¿Y qué importancia tiene?

—Supongo que ninguna. Quizá sea una razón como otra cualquiera para seguir caminando.

—Eso es triste —María frunció levemente el ceño—. ¿No te gusta el país de los sueños, doctor?

—¡El país de los sueños...! —Juan sonrió sin alegría—. Aquí la gente sueña con lo que antes era en el mundo real. Aquí un hombre transformado en tigre puede soñar con la época en que trabajaba como administrativo en una oscura oficina —agitó la cabeza—. El reino de los sueños, Shambhala, el mundo detrás del espejo... La verdad, María, me da igual. Hasta lo imprevisible puede resultar monótono.

—Supongo que es difícil soñar sin esperanza...

Juan acarició con afecto la mano de María.

—Ahora hablemos de ti. ¿Qué haces aquí tan sola?

—Estábamos recorriendo algunos lugares poco frecuentados de Shambhala. Viajábamos en caballos alados, pegasos; un macho y una hembra. La época de incubación nos sorprendió en este desierto —con un gesto señaló hacia los dos ovoides—. Y aquí tendremos que quedarnos hasta que acabe la crianza —los ojos de María se iluminaron—. Pero no estoy sola, doctor. Venga conmigo: quiero presentarle a alguien.

María se levantó, fue hasta la tienda de campaña y recorrió las cremalleras. Antes de entrar le hizo un gesto a Juan para que se acercara. El doctor obedeció.

En el interior de la tienda alguien dormía dentro de un saco de acampada. María le sacudió suavemente.

—Despierta, despierta. Tenemos visita.

El saco se agitó y se removió. De entre los pliegues de tela satinada surgió una mano pequeña, y luego la cara adormecida de un niño.

Juan notó que su corazón se detenía entre dos latidos. Uno débil gemido se escapó de sus labios.

El niño se incorporó parpadeó e intentó enfocar la mirada. Cuando vio a Juan su cara resplandeció de alegría.

—¡Papá! —exclamo. Se volvió hacia María—. ¡Papá está aquí!



Juan no se atrevía a hablar, ni a moverse, como temiendo que el más mínimo gesto rompiera el encanto e hiciera desaparecer la imagen de su hijo.

—Samuel está bien, doctor —dijo en voz muy baja María—. Lo que tú crees que le pasó es sólo un sueño, una pesadilla. Ocurrió en otro mundo, no en éste.

—¿Dónde estabas, papá? —el niño salió del saco de dormir y se acercó al hombre—. Te he echado mucho de menos...

Y la mano del niño acarició la mejilla de su padre. Y en ese instante, Juan susurró: «Samuel...», y abrazó el cuerpo menudo de su hijo, estrechándolo con fuerza. Y las lágrimas acudieron a sus ojos, como una riada impetuosa que arrastrase a su paso siglos de dolor, eones de tristeza.

Y allí, aferrado al cuerpo de su hijo, el doctor Juan Varnigal, al que durante mucho tiempo llamaron el Viajero, encontró por fin el hogar.

María sonrió satisfecha y salió al exterior. Observó que dos grandes figuras aladas se recortaban contra la luna. Eran los pegasos volviendo a su nido. Luego se dio cuenta de que un creciente resplandor se extendía hacia el este.

«¡El alba!», pensó maravillada. «¡Por primera vez va a amanecer en el Desierto de la Luna!»

Y María Candelaria se apoyó en una piedra, aguardando risueña la salidad del sol.

* * *

En el centro de Agartha había un inmenso palacio de hierro y cristal. Era tan grande que a veces nevaba en su interior.

En el centro del palacio flotaba la figura yacente de un hombre. Era el Hombre Dormido.

En medio de los copos de nieve que parecían levitar a su alrededor, giró un poco la cabeza.

Suavemente, lentamente, los labios del Hombre Dormido se curvaron con una sonrisa. Soñaba.

Y sus sueños eran buenos.